

**DE LOS CUATES  
PA' LA RAZA 2**



## ÍNDICE

<b>Sealtiel Alatríste</b>	
Verdad de amor.....	9
<b>José Agustín</b>	
La gran piedra del jardín.....	17
<b>Juan Ascencio</b>	
Gárgolas.....	29
<b>Carmen Aristegui</b>	
La hora del pueblo. Acta por acta.....	31
<b>Rosa Beltrán</b>	
Supervivencia del más apto.....	35
<b>Carmen Boullosa</b>	
Insomnio y fuga.....	39
<b>Federico Campbell</b>	
El hombrecito de Marlboro.....	47
<b>Marco Antonio Campos</b>	
22 de septiembre de 1985.....	53
<b>Alberto Chimal</b>	
La vista fija.....	63
<b>Fritz Glockner</b>	
De seguro.....	65
<b>Víctor Luis González</b>	
Luna de fuego.....	71
<b>Rogelio Guedea</b>	
Microrelatos.....	75

<b>Claudia Guillén</b>	
Fin de semana en la cárcel.....	79
<b>Hernán Lara Zavala</b>	
Selección de cuentos .....	85
<b>Eduardo Lizalde</b>	
Los torturados.....	89
<b>Leo Mendoza</b>	
El puente de Metlac.....	91
<b>Myriam Moscona</b>	
Instructivo para descifrar un mal.....	103
<b>Rosa Nissán</b>	
Selección de cuentos.....	105
<b>Orlando Ortiz</b>	
Deuda de honor.....	115
<b>Francisco Pérez Arce</b>	
Lapaciencia del verdugo.....	121
<b>Aline Pettersson</b>	
Las moscas y la leche.....	123
<b>Elisa Ramírez</b>	
No hay tal lugar.....	125
<b>Julia Rodríguez</b>	
El vampiro en el espejo.....	129
<b>Sébastien Rutés</b>	
Homenaje a Juan.....	131
<b>Agustín Sánchez González</b>	
El señor embajador.....	135
<b>José Luis Zárate</b>	
Cuentos para niños con déficit de atención.....	143





## **Verdad de amor**

SEALTIEL ALATRISTE

“No me lo va a creer, amigo mío”, me dijo con la mirada turbia, bebiendo a pequeños sorbos de su copa, “pero debo ser uno de los pocos privilegiados que han visto desnuda a María”. Como siempre, me sonreí y le di unas palmadas en el brazo. Él detuvo mi mano y con mucha seriedad me pidió que por favor le creyera. “No ha sido gracioso, el duende de María, que no ella, me ha perseguido toda la vida.”

Todo había sucedido hacía unos doce años, cuando Chema y María estaban por cumplir los veinte; para más datos, durante el verano del treinta y cuatro, cuando él se trasladó a Guadalajara para probar fortuna como periodista y estudiar Letras en la Universidad del Estado. Ya fuera por uno de sus frecuentes líos de faldas, ya porque no aguantaba más las presiones constantes de su familia para que no abandonara su carrera de abogado y se dedicara a la literatura, su vida había entrado en un periodo de zozobra del que quiso escapar fugándose de su natal Silao. Ya en Guadalajara se inscribió a la Universidad y rentó un departamento en la calle de Pedro Moreno, hacia el seiscientos más o menos, con la firme intención de olvidar su pasado pueblerino. Ahí tuvo de

---

De los cuates pa' la raza 2

vecina a una mujer espigada, altiva, muy guapa, que con el tiempo sería una de las luminarias del cine nacional. Entonces, María de los Ángeles, como efectivamente se llamaba, era una bella desconocida que había trastornado la apacible vida de los vecinos de la calle de Pedro Moreno. Si estaba casada o no, era cosa sin importancia, pues hacía vida marital con un interfecto (que para todos era un crápula) como si nada.

Lo que para todos fue motivo de sueños indecentes, pero sin consecuencias en su vida personal, para Chema fue prácticamente el derrumbe de sus ilusiones (o el nacimiento de ellas, como se quiera ver), ya que en el silencio de su habitación, sin haber conocido nunca a María, sin haber cruzado una sola palabra con ella, se había enamorado perdidamente de los secretos que escondía su cuerpo alabastrino, de gladiolas perfumado, pues cada noche de aquel otoño definitivo vio la consumación de un ritual que le trastornó la cabeza para siempre: llegaba de madrugada, agotado de corregir galerías en el periódico donde trabajaba para financiar sus estudios, con el tiempo justo para ver a María desvestirse, pausadamente, en el recuadro de una de las ventanas del otro lado de la acera. Era casi una escena de cine mudo. Chema —boquiabierto, las manos sudorosas, la piel crispada— la veía aventar sus prendas íntimas a un macetero, para continuar, frente al espejo, con morosas caricias a sus senos y pubis. A lo lejos, curiosamente, se oía el sonido apagado de un saxofón que tocaba un *dixieland* criollo. Chema, que con el tiempo la vería representar a mujeres engalladas, a tiranas apocalípticas,

a celebridades despechadas, a un sinfín de soldaderas, y que durante muchas noches la soñaría interpretando los papeles más extraordinarios de la historia del teatro, se llenaba de ilusiones mientras María actuaba la única escena que reservó para su intimidad.

“Así la vi todas las noches”, me dijo Chema, sentado en una de las mesas del salón Singes, con el nudo de la corbata a un lado del cuello, la camisa desabrochada y haciendo un gesto con la mano como si estuviera, en ese momento, viendo la ventana encendida frente a la suya. “Se deshacía paulatinamente de todas sus prendas y las aventaba a un macetón lleno de flores de papel maché —coloradas, verdes y amarillas— convirtiéndolo en una naturaleza muerta con pasiones encendidas. Después se paraba frente al espejo para iniciar el sobeteo. Aquella larga espalda tras la ventana, y los senos y el sexo en el espejo, me estaban quitando la voluntad para siempre. Pobrecito de mí, a los mortales no nos está permitido tocar la gloria, mucho menos a un soñador en ciernes como yo. ¿Qué me quedaba, querido amigo?, ¿masturbarme, buscarla y declararle mi amor? Nada, enloquecer y ya. Nadie en mi familia lo va a insultar si dice que soy un esquizofrénico, pues de ahí en adelante no he hecho más que soñar con ella y volverme un esquizofrénico de remate.”

Pero esos momentos de delirio idílico no fueron más que el preámbulo de su tragedia, pues un día, tiempo después de ver y rever la manera como el proyecto de diva saciaba sus deseos, Chema se atrevió a hacer lo insospechado: saltó al jardín de la casa de María y trepando

por una enredadera llegó hasta su recámara. La sorprendió en el ritual de las caricias. Ahí estaba ella, dándole la espalda inmensa, grandiosa, rosada; ahí él, admirando sus nalgas; los dos mirándose a través del espejo. Ella se volvió y lo encaró cubriendo su sexo con una mano y los senos con el antebrazo de la otra; con las rodillas juntas y los muslos frotando el oscuro callejón de sus delicias; el cabello negro desparramado por los hombros y la mirada (un tanto ausente y gelatinosa) puesta en el intruso: toda ella encantada. “¿Quién eres tú?”, preguntó la voz de barítono. José María Sánchez, alias Lucifer, hizo una mueca cómica, se limpió las manos sudorosas en el pantalón y contestó rápidamente: “No importa mi nombre María, sólo sé que te amo, que he perdido la razón por ti”. Silencio. Zumbido de moscas. Chema no podía apartar la mirada de sus caderas redondas, un tanto oscilantes, un tanto temblorosas: el culo como centro vital de su universo. El cuerpo de ella, entonces, se fue cubriendo de un rubor escarlata, y el bello de su pubis —fino y escaso, tan negro como el de su cabello— se crespó todito, como poseído de un enjambre de deseos pecaminosos; su mirada, en cambio, se heló llena de indiferencia: parecía la mirada de una muerta. Chema trató de avisarse del peligro incierto que tanta belleza le anunciaba, pero siguió adelante, sin compostura alguna: “Quiero hacerte el amor, María, a eso he venido. Todas las noches desde que me mudé a esta calle te veo tras la ventana, observo detenidamente cómo te desvistes, cómo te acaricias... Me has robado el seso”. Esta poética exposición de sus urgencias, que estaba destinada a inflamar el pecho (y todo

lo demás) de María, no consiguió sino hacerla pasar de su pseudo indiferencia a la cólera que la hizo famosa en muchas de sus escenas: “Vete”, le contestó sin un solo gesto, como si su cara inerte y su cuerpo mohíno se hubieran divorciado; y con un suspiro largo y melancólico, como si estuviera considerando sus conceptos sobre lo que es la vida y la muerte, agregó: “a mí nadie, nunca, va a volver a hacerme el amor”.

“Emitida la declaración de principios”, me dijo mi amigo con voz ya no trémula, pero sí indecisa, a la que dio un descanso de suspenso con un trago del *champagne*, “la escena parece introducirse en la leyenda o volverse calumnia de periodicucho barato”:

María se volvió hacia el espejo para continuar el rito lúbrico de sus caricias, y mientras elevaba el rostro al techo, gimió por el placer solitario que a sí misma se prodigaba. El aire enrarecido del cuarto —apenas iluminado por una luz ambarina, con el aroma de los nomeolvides del jardín repentinamente flotando en todas partes— cubrió el cuerpo de la diva con una pátina que daría forma al mito que José María Sánchez, alias Lucifer, el futuro creador de la columna amarillista de “Cinema Reporter”, iba a perseguir por el resto de sus días, pero él, haciendo honor a la tradición de su familia, se comportó no como el crápula que su padre cree que lo convertirá su vocación periodística, sino como el caballero que su mamacita había querido educar: no hace nada, no mueve un dedo, está tocado en lo más vivo y se queda inmóvil, con los brazos inertes sobre los muslos, admirando solamente aquel cuerpo perfecto, que ahí, tan real,

al desatarse en un murmullo desenfrenado de placer, se empieza a convertir en su fantasma. Chema, sospechando que María no se ha percatado realmente de nada, empezó a caminar de espaldas sin apartar la mirada de su nuevo mito; tenía los ojos enrojecidos y el pelo, prematuramente cano, se retorció en su cabeza como llamas de fuego fatuo. Antes de saltar nuevamente por la ventana ya sabe que su vida rueda por un abismo de nostalgias.

¿Se puede imaginar lo que pudo ser aquello para cualquier hombre? ¿A la María que todo México idealizaría, desnuda, actuando desde entonces su propio personaje? No creo que ni él ni nadie hubiera sospechado en lo que se iba a convertir María con el andar del tiempo, pero una década después, cuando Chema vio su primera película —¿qué otra cosa le quedaba?— decidió perseguir la imagen de su diosa en cualquier cine, aunque fuera de barriada, aunque fuera a representar los papeles más extravagantes (en una de sus muchas obras mediocres) o su interpretación resultara ramplona (pero siempre altiva): a Chema no le interesaba la película, ni la trama, ni la fotografía; el cine era lo de menos y María lo de más; él, hiciera lo que hiciera, la imaginaba repitiendo aquella escena que había representado solamente para él. Muchas noches, a solas o acompañado, se emborrachó hasta decir basta pensando una y otra vez aquella escena de su desnudez.

“Si usted la vio alguna vez, querido amigo”, me comentó Chema, acomodando su plato en la mesita lateral que nos habían dejado los meseros antes de irse, “estará de acuerdo conmigo en que el suyo era un cuerpo

---

Antología literaria irresistible pero maléfico, que nadie, en su sano juicio, sería capaz de olvidar jamás”.

En su voz había un resto de nostalgia, de envidia incluso, nada más de imaginar que alguien pudiera disfrutar una imagen de María que, estaba seguro, solamente le pertenecía a él. Ese recuerdo, ese desnudo guardado en su memoria, fue su tesoro máspreciado.

Salimos de madrugada. La franja naranja del horizonte le daba al Sena una apariencia de melocotón maduro y París entero era como un fantasma al arbitrio de la luz. Dejé a José María Sánchez, alias Lucifer, en la esquina del Boulevard Saint Michelle. Antes de despedirse me hizo el comentario más críptico y extraño de aquella noche: “¿Sabe?”, me dijo con una voz apenas audible, “para mi desgracia, María era sonámbula. Como de película muda, ¿no le parece? Estoy seguro de que aquella noche sonambuleaba y no me reconoció”. Calló un momento, bajó los ojos y se quedó mirando el adoquín de la calle, se dio vuelta y lo vi alejarse lentamente, bamboleándose, con la botella de *champagne*, que había insistido en llevarse, colgada de una mano.



## La gran piedra del jardín

JOSÉ AGUSTÍN

La gran sorpresa en casa de Pascual fue que su familia salió de vacaciones y él encontró las llaves del bar. Ya estaban ahí Ricardo, fumando como loco, Hugo y Óscar: dos amigos de Pascual y conocidos míos. Tras los saludos de rigor, Pascual esperó un instante de silencio para proceder solemnemente con el saqueo. Todos estábamos entusiasmadísimos, porque aparte de las botellas había varios cartones de Philip Morris. Pero Pascual dijo que no tocáramos los cigarrillos porque, de saberlo, su padre se pondría furioso. Eso nos descorazonó un poco, pero volvimos a entusiasmarnos cuando Pascual sacó una botella de brandy no malo porque dice solera. Luego meditó. Un proceso similar aconteció con cuanto frasco tomaba y apuesto que estuvo a punto de sugerir que mejor compráramos algo si no hubiésemos protestado. Entonces, no de buena gana, sacó una de ron. Todos nos servimos tragos para adulto, pero Pascual hacía trampa: se servía poco ron, mucho refresco y aun le echaba agua. Sin embargo, fue el primero en marearse. Le siguió Ricardo, que había estado secreteándose con Hugo y Óscar. El canalla se levantó para decir:

—He decidido pelarme de casa, me iré tan pronto como sea posible. Él —me señaló, el canalla— está de acuerdo conmigo y piensa acompañarme.

Quise aclarar que era una mentira *king size*, pero Pascual gritó:

—Perfecto perfecto perfecto, nosotros seremos tumbas y no diremos nada cuando empiecen a buscarlos, ¡salud! que su padre se daría cuenta por lo mismo y buscó otra botella.

Todos bebimos. Ricardo dio un saltísimo para proclamar con entusiasmo:

—Nada de eso, el chiste es que seamos varios, ¿por qué no vienen ustedes también?

Súbito silencio.

—Pues... —musitó Pascual.

Hugo fingió quedarse pensativo mientras Óscar balbucía:

—Yo, no sé, habría que pensarlo.

Interrumpí, juzgando que era el momento adecuado.

—Oye, Ricardo, en la mañana nunca dije que te acompañaría... —me miró ofendido.

—Pero tú...

—Dije que no —insistí—, es más, no creo que haga nada.

—¿Me estás tomando por un rajón?

No quise contestar porque lo conozco y sé que le encanta hacer tango por cualquier asunto. Pascual, con lucidez insospechada, logró parar todo al decirnos que aún tenía otra sorpresa. Uy, qué emoción. Ricardo olvidó toda ofensa, y como chamaquito, empezó a preguntar cuál sorpresa. Hugo y Óscar gimoteaban también y nuestro anfitrión, feliz.

—Antes que nada, otro chupe —dijo y sirvió de nuevo. Con toda mi mala leche intervine:

—Dame tu vaso, Pascual, estás haciéndote pato.

Quedó sorprendido y aproveché ese instante para arrebatar el vaso: casi lo llené de ron y sólo puse un chorrillo de refresco. Pascual quiso protestar.

—Oye, nadie está bebiendo así.

Me tragué un pero tú sí al decirle que eso no era cierto y lo invité a probar nuestros vasos, rematándolo con un pato pascual. Titubeó un momento, y como seguramente recordó que sus padres no regresarían en una semana, aceptó la perspectiva de quedar privado.

—La sorpresa —gimió Hugo.

—Primero hay que chuparle —insistí, comprendiendo que también yo comenzaba a marearme.

Automáticamente, todos bebimos, como si fuera algo sagrado. Hugo y Ricardo, impacientes, exigieron la sorpresa, amenazando con abrir el brandy solera. Pascual se levantó sonriendo, para perderse por el pasillo. Aunque parezca mentira, nos sentimos desamparados (un poco) durante su ausencia, y quizá por eso, cuando regresó apuramos nuestros tragos a guisa de bienvenida.

Pascual venía muy misterioso, con varias revistas a todas luces gringas dado lo brillante del papel. Se colocó en el centro del sofá, y al momento, Hugo y Óscar fueron a su lado. Me coloqué atrás, junto a Ricardo. Pascual ya estaba diciendo, pero sin dejarnos ver las revistas.

—Las encontré el otro día, mi papá me encerró en la biblioteca, castigado, como no tenía nada que hacer,

---

De los cuates pa' la raza 2  
revolví todo y así salieron estas preciosidades. Vean no-  
más.

Abrió una revista al azar. Fiu, silbaron todos al ver a una muchacha desnuda cubriendo su sexo con las manos. Como los apretaba con los brazos, sus senos se veían enormes. Pascual empezó a volver las hojas con excesiva lentitud, regodeándose con los desnudos. Hugo, Ricardo y Óscar estaban en perfecto silencio, sin despegar los ojos.

—¡Qué emoción; grazna, Pascual! —comenté con la voz demasiado chillona, lo cual me delató: pretendía darme aires de entendido. Afortunadamente, ninguno se dio cuenta. Cómo iban a darse cuenta. Continuaban silenciosos bebiendo sorbitos y fumando como apaches. Ante la perspectiva de formar parte del coro de exclamaciones, me estiré para tomar una revista e iniciar la ronda a mi manera. Muy interesante tórax.

Perfecta conformación craneana. Etcétera. Me miraron sorprendidos, mientras yo torcía mis imaginarios mostachos.

—Déjenlo, está loquito —al fin graznó Pascual. Y entonces ellos iniciaron los mira, uh, zas, qué bruto, bolas, rájale, guau, mamasota.

Al poco rato, Ricardo, mareado del todo, acabó durmiendo casi sobre Pascual, que seguía atentísimo viendo los cueros. Hugo y Óscar, tras tomar sendas revistas, fueron a los sillones para gozarlas. Pascual bebía cada vez más rápido, estaba muy colorado; después se levantó, siempre con su revista, y se fue por el pasillo. Supuse que iba a vomitar. Ricardo dormía en el sofá, con

sonoridades aparatosas. Hugo se había quedado quieto, viendo el vacío, un poco triste. Óscar dejó su revista, y entre eructos, inconscientemente se exprimía los barros. Siempre me ha causado repulsión ver a alguien en esos menesteres y sobre todo a Óscar: es un barro andante. Perfectamente aburrido, y aún no ebrio, me encaminé hacia el baño, para burlarme de Pascual, a quien esperaba encontrar en pésimas condiciones.

No me molesté en tocar la puerta, para sorprenderlo. Fue un error: Pascual se hallaba sentado sobre la taza, haciéndose una, mientras echaba ardientes miradas a la revista que puso en el suelo. Se quedó de una pieza al verme y sólo alcanzó a musitar:

—Quihubo.

—Quihubo —respondí antes de cerrar la puerta. Yo también, y no entiendo por qué, me quedé de una pieza. Mi reacción natural debió haber sido la risa, mas nada de eso.

El corazón comenzó a bailotear en mis adentros, como si presintiera algo. Sin saber la razón corrí a la cocina y pude ver, con real pavor, que la estúpida familia de Pascual había (seguramente) cambiado sus planes y ya estaba ahí: su padre aprestándose a bajar del coche y los hermanitos haciendo un escándalo de los mil demonios. Busqué la manera de esfumarme de la casa sin que nadie me viese, pero no había puerta atrás ni cosa por el estilo. Entonces, temblando como idiota, abrí la ventana y salté al jardín, donde quedé agazapado, esperando que entraran los pascualos. Eché pestes un buen rato porque los canallas no tenían para cuándo, pero al fin lo hicieron.

Más rápido que de prisa salté la barda y no paré de correr hasta diez cuadras adelante. Me senté en la banquetta, resoplando, pero muerto de la risa al imaginar el escándalo que se habría armado en casa de Pascual. El problema fue que con la carrera acabé mareadísimo; si llegaba en esas condiciones a la casa, Humberto me despellejaría.

Despertar esta mañana fue una pesadilla: nunca me había sentido tan mal. Ayer en la noche corrí con verdadera suerte: Humberto y Violeta habían salido y mi hermano no se dio cuenta de nada, por estar viendo la tele. Cené como cosaco, porque oí decir que con la barriga llena la cruda es menos. Además, bebí dos alka seltzers, pero con todo y eso hoy tenía ganas de quedarme botado todo el día. Humberto me despertó, y tras desayunar, pidió que lo acompañara.

Tuve que hacer reales prodigios de actuación para que no se diera cuenta de nada. Antes de salir, dije que si telefoneaba Ricardo o cualquiera de ellos, dejaran recado. Me muero de curiosidad por conocer el desenlace del lío de ayer.

Humberto manejó muy silencioso hasta llegar al consultorio. Lo esperé con el coche y al poco rato regresó, dije:

—Pensé que tardarías más.

—No, sólo di unas instrucciones. Hoy no trabajo.

—Suave. Entonces, ¿a dónde vamos?

—A comprar cosas.

Asentí en silencio cuando él enfilaba por todo Insurgentes (hacia el norte). Ya está, pensé, vamos al centro.

—¿Vamos al centro? —pregunté (estúpidamente).

—Sí.

—¿Qué vas a comprar?

—Ropa para tu hermano.

—Y para mí, ¿no?

—No necesitas nada, o ¿sí?

—Pues ni sé.

—Fíjate.

—¿Cómo te ha ido con los loquitos, Humberto?

—Son enfermos, hijo.

—Perdón.

—Pues no ha habido nada anormal. ¿Por qué?, ¿te interesa mi carrera?

—Sí, ¿por qué no?

—¿Ya te decidiste?

—¿Eh?

—Que si ya decidiste qué quieres estudiar.

—¿No te enojas?

—No, ¿por qué?

—No me gusta pensar en eso.

—Sí, claro, pero todavía falta la prepa. Dicen que ahí orientan.

—Sí, claro.

—Ya estoy inscrito y todo, pasado mañana me dan la credencial, es cosa de tiempo.

—Bueno, sí, pero no me gusta que seas tan, indiferente, digamos, a este asunto; después de todo, de ahí depende tu futuro.

—Me gustaría ser siquiatra, papá.

Humberto sonrió, quizá porque comprendía que eso era falso, por dos razones: a) él es siquiatra; y b) nunca le digo papá. Claro que no se enoja, al contrario, fue él quien nos acostumbró a que le dijéramos Humberto y sanseacabó. Mi madre, al parecer, está muy de acuerdo con que le digamos Violeta.

Fuimos al Puerto de Liverpool. Lo odio. Compramos camisas y pantalones para mi hermano y luego regresamos al coche. Humberto me compró un helado y preguntó si quería que fuésemos a mi ex escuela, para saludar a los maestros. Dije que Dios librárame. Sonrió. Es muy bueno Humberto, no sé cómo se las arregla con sus pacientes (algunos son bien canallitas; bueno, eso cuenta el doctor Quinto, compañero de mi padre).

Pareció adivinar lo que pensaba.

—Tu mamá encontró una cajetilla de cigarrillos en uno de tus sacos.

Preferí no contestar haciéndome tonto, pero Humberto reforzó el ataque.

—Además, cada vez que se entra en tu cuarto, apesta a cigarro. ¿Te gusta mucho fumar?

—No es eso es que...

Silencio de nuevo, soy un tarado.

—¿Qué? —insistió.

—No sé.

—¿Cómo que no sabes?

Para entonces, Humberto me estaba cayendo de la patada: no por regañarme, sino por hacerme titubear. Siempre es lo mismo. Estuve a punto de gruñir que ado-

ro el cigarruco, que fumo catorce cajetillas diarias cuando no le entro a la mariguana como desorbitado, pero consideré que era violentar demasiado el asunto. Guardé mi ridículo silencio, y después, Humberto empezó a reír suavemente.

—Mucho temperamento para tan poco asunto, hijo.

—¿Cómo?

—Que no te apechugues por eso, yo también fumaba a tu edad, no estaba regañándote. ¿Qué marca fumas?

Sin darme cuenta, yo estaba sonriendo también. No sé, se me fueron los pies, lo imaginé mi cómplice, creí que nos detendríamos en una tabaquería para comprar un cartón de cigarros. Para mí. Cínicamente, musité ráleigh. Humberto frunció el entrecejo al comentar:

—Son caros, ¿eh? —y después, brutalmente—, lástima que así sea; estoy dispuesto a darte un castigo preciosito si llego a enterarme de que fumas sin ganar dinero para cigarros.

Me transó, pensé, tendré que conseguir chamba; linda forma tiene Humberto para pescarme. A pesar de mi disgusto, sentí algo simpático por Humberto. En forma parecida me ha hecho confesar cosas que de otra manera no saldrían de mi bocota. De regreso, este asunto, y el hecho de no tener más cigarros, me exasperó bastante. Durante un rato estuve merodeando por la casa, buscando algún cigarro. La maldita discusión con Humberto me despertó vivos deseos de fumar. Por fin logré robar dos

---

De los cuates pa' la raza 2  
cigarros de una cajetilla olvidada por Violeta en la cocina.

Entonces vine a mi parte predilecta del jardín.

La gran piedra se siente fresca. Humberto, aunque siquiatra, está loquísimo. Mandó traer esta enorme roca desde *nosedónde* hasta el jardín, que si bien se observa, no es grande. Me cayó de perlas: puedo venir a fumar y todavía nadie me ha descubierto. Por eso, hace un momento encendí un cigarro dejándome posesionar por esta sensación tan chistosa. Siento algo en el estómago y me empiezo a poner tristón. No lo puedo explicar. Quedo sentado en el pasto, recargándome en la piedra, tomo manojos de hierba y los huelo. A veces deseo sollozar como idiota. Veo el muro que da a la calle y llevo el cigarro hasta mis labios. Sonrío al advertir que estoy fumando como Ricardo. No he telefonado. A la mejor los padres de Pascual llevaron el chisme a su casa y ahora sí debe tener un buen motivo para fugarse. Estaba borrachísimo. Pero estoy seguro de que vendrá a verme, puede ser que hasta haya logrado convencer a los demás. Pero si algún día debo irme no será con ellos, aunque Ricardo me siguiera como sombra durante siglos, tratando de convencerme.

No lo lograré, estoy seguro. Cuando le diga algo que le sea imposible contestar, sólo dirá ah y estará desarmado. Prácticamente, está desarmado. Digo, yo también. Ni siquiera sé qué deseo estudiar. Humberto anda muy misterioso con todo ese asunto. Algo trama, seguramente. Por supuesto, desearía que yo estudiara medicina, o sicología de perdida. Quizá yo mismo lo deseo. Quizás Humberto me está sicoanalizando, pero conmigo será difícil. Claro

que soy un poco anormal, o un mucho, a la mejor; pero no me interesa gran cosa. Supongo que a Humberto sí debe importarle: digo, es su profesión y soy su hijo. Al menos, se divierte observándome (¿estudiándome?). Pero se niega a hacerlo a fondo. Le pedí que me hipnotizara y no quiso, sólo contó sus experiencias en el extranjero, en todos esos lugares tan suaves donde estudió antes de venir a montar su loquera aquí. Algún día también recorreré esos lugares y estudiaré algo interesante, pase lo que pase. Entonces sí saldré, pero nunca con Ricardo o con Pascual, con ellos no llegaría más lejos de Toluca. Estoy loco. Ya encendí otro cigarro y con el día tan claro pueden ver el humo que sale tras la piedra; entonces, vendrá Humberto furioso, porque hace apenas una hora que me dijo todo. Al diablo, sé que el asunto no pasaría de, no pasaría de que Humberto, estoy tarado, debe ser por la cruda, nunca me ha visto fumar y no tiene por qué hacerlo ahora. Ya está; otra vez. Es una especie de airecito en el estómago; ahora, escalofríos. Cierro los ojos y empiezo a sentirlos húmedos y sacudo la cabeza y aprieto el puño y muerdo mis labios y me dan ganas de gritar o de quedarme aquí tirado toda la vida.

*Tomado del libro Atrapados en la Escuela, México, Selector, 1994.*



## Gárgolas

JUAN ASCENCIO

Salgo al balcón en busca de aire fresco. Casi tropiezo con las paredes por no mirarte. Consigo tenerte lejos aunque sólo nos separa una puerta corrediza encristalada por la que tú veías ayer cerros cuajados de jacales techados con cartón corrugado y no el mar adonde pedimos que tuviera vista la habitación. Descansa el viento. Aspiro el aire quieto de gavián suspendido, tufo de carroña marina sube de las playas de la bahía, donde los turistas se agotan en su empeño por descansar en este puente vacacional.

Salgo al balcón después de descubrirte, blancura que me gusta, palidez que me aterra, mitad paloma y mitad tijeras con ese brazo que parece un ala desamparada, como cuando te derrumbas en alguna de tus crisis. Esta vez ni siquiera se me ocurrió preguntarte si tenías permiso del médico para bajar en una hora desde dos mil doscientos metros de altura hasta el nivel del mar, y desobedeciendo al especialista comencé a mirar, a la aeromoza y luego al chofer, después al *bell boy* con ojos de a ver quién conoce a un buen doctor, por si acaso.

Salgo al balcón buscando en mi libreta el número telefónico de tus padres, que suponen que viajaste a traducir conversaciones de negocios a quién sabe dónde les

hayas inventado, y probablemente conozcan tus propósitos no disimulados por la ropa de playa sorprendente en viajes de negocios. Quizá te despidieron preocupados por si no trajiste suficientes cápsulas que debes ponerte debajo de la lengua en el momento exacto. Consideran sin duda que tú también tienes derecho a la vida aunque no puedas darla.

Salgo al balcón volado, trampolín de suicida donde la culpa me acorrala y su asedio oprime y cierra y se trabaja contra el otro asedio, el que de adentro viene con las agujas del arrepentimiento, y comienzo a escucharla en el recuerdo, una por una todas sus palabras de ayer apenas: por qué viajas otra vez por cuánto tiempo nos dejas cuándo terminará tu ausencia. Y sé que piensa con quién irá, y me oigo que pienso no me preguntes eso, no quiero ir pero tengo que terminarlo, tú espérame paciente y no preguntes.

Salgo al balcón que me incluye como gárgola mientras organizo una serie de conductas que nunca me ha tocado realizar, a las que debo apresurarme si no quiero que el tiempo reduzca a olvido los detalles, como la hora en que te sucedió. Bien conozco mi obligación de informarlo todo. Esto no tiene remedio, nunca lo tuvo. Será conveniente comenzar diciendo que cuando desperté ya estabas así.

## **La hora del pueblo Acta por acta.**

CARMEN ARISTEGUI

Una sociedad que busca democracia no puede darse el lujo de abandonarse al conformismo y renunciar a la verdad. El camino puede ser largo, fragmentado o sinuoso. Por eso cuando alguien hace esfuerzos para suministrar información, datos y elementos de juicio para conocer y comprender los asuntos que marcan a un país, no queda más que el agradecimiento, sobre todo si se trata de un trabajo minucioso, con rigor académico y esclarecedor de uno de los asuntos más relevantes que han sacudido a la sociedad mexicana como las elecciones presidenciales de hace dos años.

Me sumo a quienes ya han escrito sobre la importancia de la investigación hecha libro, de José Antonio Crespo *2006: hablan las actas*. Las debilidades de la autoridad electoral mexicana (Debate, Random House Mondadori, 2008.) La investigación de José Antonio es un potente chorro de luz a una parte sustantiva del proceso electoral más confrontado de nuestra historia. Como buena realidad, es inabarcable en su totalidad pero, con el fragmento seleccionado para este examen, es suficiente para saber o ratificar hoy, con claridad, varias cosas. Una fundamental: el papel de las autoridades electorales fue catastrófico.

Con benevolencia se puede hablar de ineptitud y falta de miras. Con ganas de que alguien rinda cuentas del desastre se puede hablar de responsabilidades tan graves que merecerían ser sancionadas. ¿En México nadie juzga a jueces y autoridades cuando su acción u omisión causa daños mayúsculos a la población? La responsabilidad del Tribunal Electoral (TEPJF) es enorme en su condición de última instancia. Simple y llanamente no cumplieron con su tarea fundamental para dotar de certidumbre al resultado final de una elección, en este caso una que —como nunca— polarizó, enfrentó y dividió a los mexicanos en un proceso que no ha logrado revertirse.

Dos años después, México sigue lamiéndose las heridas. Un país cuya población sigue dividida entre los que piensan que se registró un fraude generalizado, que le robó la elección a Andrés Manuel López Obrador; los que afirman que Felipe Calderón ganó con un estrecho margen de 0.5 por ciento, pero que obtuvo un mandato legal y legítimo y los que piensan que, después de lo ocurrido, no se puede saber con certeza quién ganó la elección.

¿Tenía que haberse anulado la elección presidencial de 2006? Sí. Con los argumentos que surgen a partir de este trabajo, no parece caber duda sobre ello. Anular una elección debe ser el último de los recursos pero, con lo mostrado por Crespo, queda claro que no se requería siquiera de una valoración subjetiva sobre los varios factores que contaminaron la contienda. Haciendo a un lado la irresponsable intervención de Fox, las campañas negras de unos y otros, los miles de *spots* en radio y te-

levisión de origen desconocido, el dinero de empresas y empresarios que intervinieron ilegalmente en el proceso; por citar los elementos más conocidos y obvios que para muchos hubieran sido suficientes para invalidar el proceso.

Con un solo elemento, Crespo demuestra que el Tribunal estaba obligado a anular las elecciones por una razón fundamental que deriva de un ejercicio aritmético. El Tribunal fue omiso en un asunto crucial en el que la ley lo obliga para anular. Ante la enorme cantidad de inconsistencias que se presentaban en las actas de escrutinio y cómputo —entre 800 mil y 2 millones, según los rubros comparados— el Tribunal sólo atinó a decir que la mayoría de los votos irregulares encontraba plena justificación y los que quedaban no llegaban a afectar el resultado final.

Eso, hoy lo sabemos, no fue cierto. Los magistrados o mintieron o se equivocaron, que cada quien escoja. El mérito de Crespo radica en que, incrédulo del dicho del Tribunal, decidió revisar por su cuenta las actas oficiales en el número suficiente (la mitad de los distritos del país) para demostrar que los diversos errores e inconsistencias superaban en número a la diferencia de votos que había entre Calderón y López Obrador.

Entre uno y otro hubo 233 mil votos. En el estudio de Crespo se comprueba que el número de votos irregulares fue del orden de 300 mil. Esa única razón obligaba al Tribunal a declarar nulas las elecciones.

Crespo va desgranando, sin pasiones partidistas ni estridencia alguna, los significados de su trabajo. La

---

De los cuates pa' la raza 2  
conclusión mayor es, sin duda, que los mexicanos podemos afirmar que la verdad jurídica no corresponde a cabalidad con lo que empieza a ser ya la verdad histórica de lo ocurrido en 2006.

José Antonio se vale de una cita de Marc Bloch para ilustrar uno de los principales propósitos de su investigación y libro. Ajustar la historia de la elección de 2006 a la definición de este especialista: “El verdadero progreso en el análisis histórico llegó el día en que la duda... se hizo examinadora... cuando las reglas objetivas fueron elaboradas paulatinamente y permitieron escoger entre la mentira y la verdad”.

Crespo no sólo planteó las dudas sino que realizó el examen riguroso para conocer parte de la verdad de lo ocurrido en 2006.

*Tomado del* BLOG DE LA DESOBEDIENCIA CIVIL

*junio 23, 2008*

## **Supervivencia del más apto**

ROSA BELTRÁN

Si las variaciones útiles a un ser orgánico ocurren alguna vez, los individuos caracterizados de este modo tendrán seguramente las mayores probabilidades de conservarse en la lucha por la vida. A este principio de conservación o supervivencia de los más adecuados lo he llamado selección natural. Conduce este principio al perfeccionamiento de cada ser en relación con sus condiciones de vida y, por consiguiente, en la mayor parte de los casos, a lo que puede ser considerado como un progreso en la organización.

Charles Darwin, *El origen de las especies*

Desde que cumplí setenta años, entreno a mi mujer todas las mañanas a fin de que, llegado el caso, pueda asistirse en su viudez. Se podría pensar que es prematuro, pero las estadísticas me confirman que mis previsiones tienen un fundamento: los hombres nos vamos antes. ¿Y alguien se ha detenido a pensar en las penalidades de la viuda cuando sus facultades menguan? La historia de la viuda alegre pertenece al cine y la literatura. En la realidad, las viudas se quedan ciegas, sordas, cojas, etcétera. Una vez se supo del caso de una viuda amnésica que se empeñaba en cobrar su pensión a nombre de otra y pasó años sin conseguirlo. Mi mujer, cuando oye estas historias, se

---

De los cuates pa' la raza 2

aterra. Por eso he decidido entrenarla en el arte del deterioro. Lo ideal sería ir de la cabeza a los pies, le digo, y la alecciono sobre las ventajas de ir siguiendo una lógica. A ver, pensemos. ¿Cuáles son los verdaderos problemas de las viudas? Las tuertas, por ejemplo. Apenas si logran que alguien repare en ellas. En general no las atienden, las mandan a otras ventanillas. Podrían despertar mayor interés si se decidieran por la solución radical: o los dos ojos o ninguno. Optaremos por los dos. Mi mujer se agita. Tranquila, le aclaro, para eso está la profilaxis. Le pongo un paño grueso en los ojos y le digo: adelante, ten ánimo. Más vale empezar a tiempo. Lo primero es caminar por el cuarto sin que te tropieces. Ella da dos pasos y tira la lámpara de pie. ¡Es que nunca antes he sido ciega!, se disculpa. Yo discrepo. Para ser ciega eres pésima, le digo. No usas las yemas de los dedos ni adelantas un pie. No comprendes que la esencia del desplazamiento del ciego es huir del obstáculo. ¿Qué tal si me tiras encima la jarra de té caliente? ¡Pero si tú ya no estarás!, responde. Muy bien, no estaré, pero ¿y quién me garantiza que no te arrojarás por la ventana? Los ciegos palpan, tantean, abren bien los dedos tratando de emerger de las aguas profundas de esa otra falta de memoria que es la ceguera. En cambio tú te confías mucho. Crees que todo es cosa de improvisar. Ella busca una salida. Dice que sabrá si corre peligro gracias al oído, que tiene mucho más fino que yo. Bueno, intentemos por ahí, le digo, no sea que te quedés sorda. Después de ponerle taponés, le ato unas cuerdas en los dedos anular y medio de las que tiraré cada vez que alguien llame a la puerta. Pienso adaptarle

un artefacto que cumpla esta función cuando yo no esté. Tomé esta medida porque antes probamos con un foco que encendía al accionar el timbre pero tardó horas en darse cuenta. Cuando se lo hice ver, dijo que la razón era que se confundía: no sabía si en ese momento era ciega o sorda. Tras varios intentos, decidí atarle cuerdas por todo el cuerpo: en una pierna, para avisar que algo ardía en la lumbre, en los brazos, para indicarle que alguien venía subiendo por la escalera. Con todo, fue mejor ciega que sorda. Le expliqué que si alguien se metiera a asaltarla no tendría forma de defenderse. Aumenté el grado de dificultad con una mordaza que le impedía gritar, pero ella tuvo otra idea. Los pies, querido, dijo. Pienso que ese sería mi verdadero Waterloo. ¿Cómo iría a cobrar la pensión si no pudiera moverme? No pude más que sonreír. Ya se ve la clase de viuda que serás. Inválida, pero avarianta. Procedimos. Ella dobló una pierna y sujetándola por detrás con una mano me dijo: Mira, podría caminar así, a saltitos. Le expliqué que las cojas tienen problemas mucho peores que moverse o no moverse. De hecho, tienen mayores problemas que las tuertas. Un cojo está condenado a la soledad, expliqué. Jamás verás cojos en compañía de otros cojos. No son como los ciegos que suelen andar en fila india, como un ejército desorientado pero solidario. Hay escuelas para ciegos, *tours* de ciegos, pero ¿has visto excursiones de cojos? Tuvo que admitir que no. Un cojo no es sólo un cojo, es una fórmula compensatoria que va más allá del pie: un cojo siempre está cojo de la compañía de otro. Un paralítico, en cambio, es el centro de atención. Piensa y verás: no hay quien se

niegue a empujar una silla de ruedas, aunque lo haga de mal modo. A regañadientes se hincó. Trató de avanzar de este modo pero el sobrepeso y las pantorrillas le estorbaban. ¡Es que no puedo!, dijo. Volví a sonreír. Ya verás que sin mí la vida no es tan sencilla como parece. Y aún nos queda la parálisis, añadí. La conduje al lecho y la até de pies y manos. Acostada en la cama sin poder desplazarse ¿qué podría hacer? Podrías recordarme, sugerí. Me respondió: para qué. Para matar el tiempo, por ejemplo. Si lo único que tendría sería el tiempo ¿para qué querría matarlo?, dijo. Las viudas tienen una lógica implacable. Había que prepararla para cuando la perdiera. A ver, haz de cuenta que no soy el que tú crees, ¿quién soy?, pregunté. Eres ¡un visitante! No. Eres ¡un asaltante! No. Eres... ¡el perro! Cuando se cansó, dijo: tú lo que quieres es volverme loca. Está bien, admití, dejemos este ejercicio. No conocerás esta herramienta. ¡No, por favor!, suplicó, continuemos, te lo ruego.

Los locos son convincentes hasta ese grado en que aun rebelándonos, acaban por tener la razón.

## **Insomnio y fuga**

CARMEN BOULLOSA

Nadie se acostumbra al insomnio, que ni qué. Lo sé por experiencia propia. Me lo repetía esa noche, duro y dale, hasta el cansancio, mientras peleaba conmigo misma por dormirme, para no variarle. Pero si no fuera por una llamada telefónica, no recordaría como algo especial que esa noche me automachacaba la perogrullada, ni que la madrugada tuvo algo muy singular, porque lo tuvo: cuando por fin dejé atrás el insomnio, no crucé el umbral a solas; había otros conmigo en el tránsito, en el instante en que traspasé el límite que media entre el sueño y la vigilia. Por mí que eso es algo que se emprende siempre a solas, hasta que me pasó esto nunca pensé que podría ocurrir, ni siquiera cuando amamantando a alguno de mis hijos me quedaba dormida al unísono con el bebé, los dos a coro resbalando juntitos —aunque separados— al mundo del sueño. No hay duda de que se cruza a solas, nadie lo puede acompañar a uno a hacerlo. Pero no importa un bledo qué crea u opine, porque esa madrugada me pasó lo que en teoría no ocurre, quién sabe por qué demontres crucé con dos grupos de personas, dos muchachos y dos niños. Los dos jovencitos que estaban conmigo tenían tanto tiempo como yo haciéndose cancha para escapar,

---

De los cuates pa' la raza 2

tanta ávida desesperación, tanta necesidad, eso de alguna manera sería una explicación de por qué estábamos juntos donde no cabe la compañía, aunque no le quita lo inexplicable, porque la llamada de teléfono sólo se suma a mi lista de noentendidos. Para lo que me es imposible encontrar alguna razón, para lo que no tengo sino puro *keineAhnung*, ni idea, sepa la bola es para por qué estuvieron conmigo los otros dos niños, por qué compartimos el momento incompatible.

Era la madrugada del 17 de diciembre. Como ya dije, estaba en lo habitual, peleando contra el insomnio, luchando como una desesperada por volverme a dormir y fingiendo que no lo hacía para pretender que lo estaba consiguiendo. Me había despertado a las tres y media, sólo faltaban unos minutos para las seis, llevaba más de dos horas en esa rebatinga furiosa. Me ardía la piel de la cara, sentía la cabeza a punto de reventar, los ojos me apretaban en sus órbitas o los sentía rebotando adentro de éstas, como si les quedaran muy grandes e incómodas, a la manera de los zapatos corrientes. Golpeaba y golpeaba la pared de la vigilia para que me dejara cruzar al otro lado y aliviarme de la falta de sueño y, como me daba cuenta de que nomás no ganaba la batalla, pretendía dejar de pegar, pero era igual de inútil.

A esa misma hora, dos muchachos, uno de diez y siete años, Matías, de Brooklyn, y el segundo de veintuno, Jeff, de Nueva Jersey, en el Bergen County Annex, cárcel para menores, metían mano alrededor de la llave (o grifo) de una regadera (o ducha). Se habían dado cuenta semanas atrás de que la humedad había reblandeci-

do ese punto preciso de la pared del baño, que por esto una pieza de mosaico se había desprendido y otras dos se columpiaban a punto de caer. Zafaron los mosaicos y escarbaron la pared lo suficiente como para hacer un agujerito por el cual exploraron la tubería y el mal y viejo recubrimiento del material prefabricado del plafón que daba al exterior. No lo habían tumbado para no despertar sospechas, la humedad se había encargado de hacer su labor destructiva, abrirle un boquete sería cosa de nada. Sólo habían escarbado un par de agujeritos por los que se colaba la luz del sol.

El abuelo de Matías era plomero, y él había aprendido desde muy niño el oficio. Sabía desarmar y armar tubos y llaves con los ojos cerrados. Esto era precisamente lo que estaba haciendo la madrugada del insomnio que describo, mientras Jeff, el de Nueva Jersey, que no había aprendido ningún oficio porque no había a quién imitárselo en toda su familia, golpeaba con las puntas de los dedos la superficie podrida de la pared exterior, hecha de puro cartón reciclado, a estas alturas más pasta que materia sólida por el continuo chisguete.

Quitaron en un santiamén el codo de la tubería que llevaba quién sabe cuánto desparramando líquido a diestra y siniestra entre la pared del baño y el recubrimiento exterior. En lo que Jeff terminaba de abrir el boquete hacia el exterior, Matías quitó otro trecho del tubo.

Se pararon un instante a contemplar su obra. Eran ya las seis y ocho minutos (la hora precisa en que yo vi el reloj por última vez, ocho y seis fue la cifra mágica, el cuerpo de súbito aflojó). El hoyo que había hecho Jeff

---

De los cuates pa' la raza 2  
era pequeño pero suficiente para pasar por él la cabeza. Primero fue la de Jeff, seguida de sus hombros escurridizos. Esto sí lo sabía hacer con pericia, colarse en lugares prohibidos, meterse en casas ajenas, en automóviles o en negocios, sin abrir ventanas o puertas, escurriéndose por el boquete del aire acondicionado, la rejilla del ventilador, etcétera. Para Matías hubiera sido imposible escurrirse hacia afuera sin su ayuda. Desde el otro lado, Jeff lo ayudó, Matías empujó la cabeza por el hoyo, y Jeff lo manipuló, jalándolo como una partera.

Apenas tuvieron los cuatro pies afuera, se echaron a correr. Saltaron la desvencijada cerca de púas sin problema, hacía años que no le daban mantenimiento y estaba prácticamente tendida en el piso, era más adorno que ninguna otra cosa, no se pretendía contener a nadie con ella, era como un anuncio que dijera: "Esto es cárcel", puesto al pie del letrero BERGEN COUNTY ANNEX. No pararon de correr hasta que alcanzaron la orilla del río, cuando llegaron se zambulleron y nadaron hasta que ya no pudieron más, salieron a restaurarse un rato, siguieron nadando para ganar distancia.

Aquí es cuando los personajes son para mí fascinantes. Pró fugos, con imaginación, con apetitos y uno de los dos con un oficio que exige paciencia, ¿qué va a ser de ellos? Pero tengo que dejarlos ir, ya estiré la liga más de lo que me correspondía, sólo fueron míos un instante, precisamente cuando llegaron al otro lado del muro del baño de la cárcel y caí, tras un breve rebote hacia la vigilia, en mi profundo segundo sueño. Porque fue en el momento preciso en que me deslizaba por el minúsculo y volátil

agujero que media entre la vigilia del insomne y el sueño, cuando los percibí y pasé al otro lado con ellos, sintiendo con viveza extraordinaria tanto la estrechez y aspereza del agujero por el que resbalaron sus cuerpos desnudos, como el aire frío del invierno y la belleza punzante de la luz del sol de ese domingo. Y aunque sentí como en carne propia el sol y el frío, seguí durmiendo.

Como ya dije, hubo un rebote hacia la vigilia. A todos nos ha pasado, literalmente salté en el momento en el que el cuerpo se aflojaba y cedía, como si se rebelara, fue cosa de un instante. En un segundo, pasé por el umbral que lleva del sueño a la vigilia y de nuevo de la vigilia al sueño, y fue en ese mismo segundo cuando sentí dos manos adultas metiendo a la niña a la secadora de ropa —tiene dos años— y de inmediato al niño —tiene tres y un pelito.

No sé el nombre de estos niños. El se había orinado en los pantalones hacía cosa de diez minutos. Su mamá acababa de salir hacia el trabajo, dejando a sus dos pequeños con su galán, un tal Mr. Núñez. El niño, que le tiene miedo, se orina por lo mismo, y Mr. Núñez, un veinticuatroañero atolondrado, erizado por la resaca (ha salido la noche anterior de parranda con sus compas), lo mete a la secadora de ropa, quiere castigarlo, para que aprenda de una vez por todas a ser un hombrecito.

Mete a la hermana también, por no dejar, por chillona, para que se le quite. Sentí con toda claridad cómo los dos niños entraron por la claraboya de la secadora, porque en ese instante compartí también con ellos el umbral, y apenas sentirlos en ese rebote abrupto y ansio-

---

De los cuates pa' la raza 2

so, caí en el sueño. Ya no supe —lo leí dos días después en el periódico, venía en la sección “Ciudad”, aunque sin imprimir los nombres de los pequeños— que el tal Mr. Núñez encendió la secadora con aire caliente, que la niña sufrió quemaduras severas que para colmo nadie le atendió, no la llevaron al hospital o siquiera al doctor. Se supo esto porque pescaron a Mr. Núñez trepado en el elevador exterior de un rascacielos en construcción, con dos amigos. Llevaban sus mochilas cargadas de cerveza. Alguien los vio subir, columpiándose, llamó al supervisor, éste a la policía, y a la hora de confesar el atolondrado escupió toda la información de la secadora y los niños, porque creía que lo habían agarrado por esto, que lo había traicionado su galana, no entendía que de por sí subirse en un elevador descubierto, sin permiso, cargando cervezas para bebérselas en las alturas fuera suficiente infracción de la ley, por él que lo que estaban haciendo era sólo una puntada, nada ilegal.

Los pasajeros del elevador, Mr. Núñez y su compinche, no me interesan *niente*, son cabezas huecas, no tienen idea de cómo medir riesgos, sopesar el peligro. Tantas horas frente al televisor, nulo contacto con las palabras impresas, cerocongoceiro de criterio, la vida como una falsa fiesta prolongada, el aburrimiento, la ausencia total de sueños, fantasías, expectativas, riase usted por favor y a carcajadas del *american dream*. No los veo ni siquiera comprando un billete de lotería.

En cuanto a los dos niños en la secadora, no puedo explicarme una sola razón o pretexto para que compartiéramos el umbral.

De todo esto no me acordaría —a fin de cuentas una madrugada como cualquier otra, una entrada ansiosa al sueño como hay muchas— si no fuera porque a las once en punto de la mañana sonó mi teléfono. Era una grabación, “llamamos del Bergen County Annex”, una voz de mujer —impersonal, limpia y educada, como aquella de proporciones míticas en mi memoria que daba la hora en los teléfonos de la Ciudad de México en el o3o— me pregunta si acepto la llamada por la que hay que pagar una cantidad absurda, más de cuatro dólares.

La curiosidad puede más que la prudencia o la tacañería, y digo “yes”. Me conectan con un jovencito de marcado acento hispano, brinco al español para entendernos mejor. “¿Dime?”. “¿Están Jeff o Matías?”. “Aquí no hay Jeff ni Matías, es el 718.330.52.65”. “¿Y no sabes dónde puedo encontrar a Jeff o a Matías?”, me pregunta. Los nombres timbraron en mi oído, despertando la pesadilla del insomnio, la caída al sueño, el rebote, lo que he contado aquí. “No, yo creo que tienes el número equivocado”. “No lo tengo equivocado, es el que quiero marcar, el 718.230.52.65”. “Es mi casa, sí, pero tienes el número equivocado”. “Es el número, me lo dejaron para contactarlos, somos amigos. Dales un recado. Diles que quiero saber si van a venir por mí como me prometieron. Diles que si no vienen, rajo, cuento todo, doy tu número de teléfono y los funden a los tres...”



## El hombrecito de Marlboro

FEDERICO CAMPBELL

Aparte de sus trabajos de vaquería en Tucson y Tombstone, Arizona, mi tío Alfonso se educó como herrero y plomero en los talleres del Ronquillo, en las minas de Cananea, y por lo mismo nunca tuvo problemas para encontrar trabajo en cualquier parte del mundo. Era obrero “calificado”, técnico.

Muy joven, hacia 1929, le dio por irse a una ciudad de Oregon —Portland, me parece—, se enamoró de una muchacha de apellido Jones y tuvo con ella un hijo: mi primo Ricardo.

Pasaron los años y yo entré en la película justamente a la mitad del año 41, el primero de julio. Ricardo ya tenía más de diez años y siempre fue mi primo mayor. Creció con mi tía Laura porque Alfonso se separó de la señora norteamericana a la que nunca volvió a ver y se trajo al niño a Tijuana.

Una tarde Ricardo llegó en su *pickup* cuando yo estaba solo en la casa, aburriéndome en el patio, un sábado me acuerdo muy bien. Bajó del *pickup* rojo y vi que traía una caja de cartón en las manos. Unos zapatos, han de ser, me dije. Pero no. Tómalos, me dijo, a ver si te gustan. Eran unos patines de acero, con balines en las ruedas. Me había dado gusto verlo. En otra ocasión, cuando yo

---

De los cuates pa' la raza 2  
menos lo esperaba, me había llevado a ver a los Potros en el estadio de béisbol de la Puerta Blanca.

Era alto y flaco, güero colorado, de pómulos salientes y tostados, de rostro enjuto, como chupado, y el pelo le salía en rizos. Usaba unas camisas de manga larga, *beige*, y pantalones caqui. Podía trabajar al otro lado y ganar en dólares porque era gringo de nacimiento, mecánico, arreglaba sistemas de refrigeración y maquinaria agrícola en San Quintín, abajo de Ensenada. Venía todos los fines de semana a ver a sus jefes y a echarse unas cervezas. Le gustaba mucho la cerveza Mexicali.

El caso es que volvieron a pasar los años, como siempre. Dejé de verlo mucho tiempo y casi nunca coincidía con él cuando pasaba yo por ahí de vacaciones. Ya me encaminaba yo hacia los cuarenta y tantos, con más años fuera que dentro de Tijuana, cuando me enteré por una de mis hermanas de que Ricardo estaba desahuciado. Luego su hijo, que también se llama Ricardo y es joyero en San Diego, me contó que en sus últimos días a mi primo le dio por buscar a su mamá. Sabemos que esas cosas pueden hacerse: con cartas, avisos en los periódicos, preguntando. Y dio con ella al cabo de unos meses: vivía en Tucson la señora. La fue a ver.

Se habían puesto de acuerdo antes por teléfono. Cuando finalmente Ricardo se presentó en la casa de la anciana a la que no había visto en más de cincuenta años y la tenía enfrente, en la sala, reparó que en las paredes había más de una foto de un mismo personaje: el vaquero que en una imagen mítica de las últimas tres décadas anunciaba los cigarros Marlboro.

—¿Por qué está ese señor allí tantas veces?

—Porque era mi hijo —dijo la anciana. Tu medio hermano.

Durante muchos años guardé un recorte de prensa pero lo perdí, una inserción pagada, en la que se contaba que el modelo de los anuncios de Marlboro —con aquel sombrero blanco que le hacía publicidad indirecta a la marca Stanton— había muerto de cáncer en el pulmón. Eduardo Gaitán, que trabajó como gerente de *marketing* en Philip Morris (fabricante de Marlboro), me explicó una vez que las escenas de los *cowboys*, arreando reses en las praderas nevadas (las que se oían en la voz del actor Enrique Rocha en México, porque estos anuncios estaban ya prohibidos en la televisión de Estados Unidos), tenían como trasfondo el tema de la libertad (aunque para muchos su verdadera oferta era el pabellón de oncología). Nunca se me hubiera ocurrido, pero ese tipo de cosas suelen estar en la mente de los publicistas, como Leo Burnett, que introdujo la figura del vaquero en los años sesenta y el engañoso escenario de Marlboro Country que reproduce el tema musical de Los siete magníficos. El jinete que corría en las praderas seminevadas de Montana quería ser el símbolo de la libertad. Pero ninguna libertad podía tenerse entubado en la cama y junto a unos tanques de oxígeno, tal y como en un anuncio del departamento de Salud del Estado de Massachusetts proclamaba otro vaquero: el hermano del modelo de Marlboro que participaba en una campaña oficial contra el tabaco. Vestía igual, con el sombrero blanco, la camisa roja y el rostro enjuto detrás del bigote seductor.

Me llamó la atención la paradoja o, mejor dicho, la contradicción: el señor que fumaba los Marlboro en el anuncio terminó en el quirófano, y con ello me vino a la memoria la historia de mi primo Ricardo.

Pero para que vean ustedes cómo inventa la memoria, para que constaten una vez más —como si hiciera falta— que la imaginación nada tiene que ver con la información (ni la novela con el periodismo), lean cómo la conmovedora anécdota de la clásica búsqueda de la madre que emprendió mi primo Ricardo no fue como la he escrito. ¿Por qué? Porque la fantasía se va por un lado y la realidad histórica verificable por otro.

Marqué el teléfono de Delfina en Chula Vista, la viuda de Ricardo, y con dos o tres datos hizo pedazos mi cuento. Me dijo que en primer lugar Ricardo no nació en Portland sino en Magdalena, Sonora, y que si tenía tarjeta verde que le permitía trabajar en San Diego era por su mamá norteamericana, no por otra cosa.

Los datos de la pavorosa realidad aniquilaron mi argumento: Ricardo había nacido en 1923 y no “hacia 1929” y había muerto de cáncer en 1988 a los sesenta y cinco años. Y no fue él el que se puso a buscar a su madre. Lo que sucedió fue que una media hermana suya, de Phoenix Arizona, empezó a buscarlo a él preguntando en las compañías telefónicas de todas las ciudades fronterizas mexicanas qué números aparecían bajo el apellido Campbell. Y así dio con Ricardo en el número de un departamentito que él rentaba en Tijuana, pero en el que no vivía, y lo invitó a que conociera a su madre, Nelly Jones, que no vivía en Tucson sino en Phoenix.

Para pulverizar aún más mi historia Delfina me aclaró que el hombrecito de Marlboro no era hijo de Nelly sino de un hermano suyo, que efectivamente era *cowboy*, se dedicaba a organizar jaripeos, había trabajado muchos años como modelo para Philip Morris, pero que todavía seguía por ahí cabalgando porque nunca había fumado, salvo en las escenas de Marlboro Country.



## **22 de septiembre de 1985**

MARCO ANTONIO CAMPOS

Para Rafael Ramírez Heredia

No podía dormir. Temía moverse por no despertar a Mónica, quien tenía ligero el sueño. Apenas hacía una hora habían llegado del albergue, donde laboraron toda la jornada.

La mañana del 19, luego del terremoto, Sergio Montañés había estado en su laboratorio de rayos X, situado en la calle de Monterrey, en el barrio de la Roma. El edificio (era condominio) se dañó irreparablemente pero logró sostenerse. En la tarde, acompañado de Mónica, fueron a la escuela improvisada de albergue en la calle de Jalapa, donde clasificaron ropa, medicina, comida. Querían sentir menos el peso de la inutilidad, sentirse menos deprimidos, menos culpables de saberse vivos en una ciudad de espectros. Aún no se recuperaban de lo sucedido el 19 y de lo que se iban enterando de lo pasado el día cuando, a las 7:38 del 21 volvió a temblar poderosamente. La gente salió como disparo de bala del albergue, de casas y de edificios vecinos, y corrían, gritaban, gritaban, gritaban que ya no, que ya no, que por Dios ya no, que Dios no podía seguir castigándolos así, no, no. Ahora, siete horas después, la sensación de movimiento bajo el cuerpo, el

vértigo, la imagen de los edificios tambaleándose, los gritos de desesperación, se repetían en su memoria fatigada. Colocándose durante el segundo terremoto en un lugar donde no podían ser alcanzados por muros o postes o cables, Sergio y Mónica imaginaron lo peor. Cuando cesó el movimiento, Sergio se encaminó lleno de incertidumbre hacia el laboratorio, temiendo encontrárselo en ruinas. Casi lloraba.

Cuando llegó y vio el edificio en pie, respiró de alegría y alivio, se sintió más ligero, estuvieron a punto de salirse las lágrimas y dio gracias a Dios y al azar en medio de tanta desgracia. Salvo capas de polvo sobre el suelo y los aparatos, y algo de mampostería desprendida, todo estaba igual.

De vuelta al albergue se encontró casualmente con Francisco, en el cruce de Yucatán y Chiapas. El temblor había sorprendido a Francisco en la calle de Querétaro mientras entrevistaba rescatistas. Creí que terminaba todo —dijo.

Sergio repuso que ya estaba harto de la Ciudad de México y pensaba irse a Puebla, a Querétaro o a Cuernavaca a vivir. Lo más seguro era Puebla.

—Ya lo he hablado con Mónica, y ahora con esto va a haber gastos fuertes por el traslado de los aparatos y el giro y mejor aprovecho para llevármelos fuera.

—¿Y cuándo piensas irte?

—Si pudiera mañana, me iba.

Cada vez que Francisco se encontraba con Sergio (se veían cada vez menos) le regresaban imágenes de la adolescencia y la primera juventud. Desde hacía tiempo

a Francisco, al evocar ese lapso, el peso de las sombras del recuerdo y los recuerdos de sombras se le agolpaban dolorosamente en la garganta y en el corazón y le hacían cerrar dolorosamente los ojos. “Una adolescencia y una juventud, y mal vividas”, pensaba para sí. Ahora que Sergio se iba definitivamente de la ciudad se quedaría aún más solo, o más aún, seguirían acumulándose en torno de él más sombras e imágenes de un pasado que eran como sombras e imágenes en movimiento.

Al llegar al albergue se despidieron. Salúdame a Mónica, por favor. Voy al periódico a llevar el reportaje.

Ninguno de los dos imaginó que no se verían más.

Sergio veía como en una luz seca y casi marchita la recámara. Vio el reloj: 3:25 de la mañana. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué iban a hacer? Tres años habían pasado desde las primeras grandes devaluaciones. La pobreza ya entraba por la puerta abierta a la casa de la miseria. Recordó los tres días en la cárcel que pasó en 1968 con Ernesto y Pablo, cuando el ejército tomó la universidad. Por ese periodo aún se podía soñar que podía soñarse. Que otro país era posible y que México no se precipitaría en un pozo sin fondo. Que la hierba no era como la carne. Pero después la desidia, el irse encerrando en una pequeña cueva de egoísmo, los años fáciles y el matrimonio correcto, lo fueron apoltronando y haciéndolo entrar en un mundo confortable, tranquilo, y sin duda feliz.

Pensó en los amigos. ¿Qué estarían haciendo? No recordó ni siquiera bien a bien las últimas veces que los había visto. Debería buscarlos, se dijo. Pero sólo de pensar en hacerlo sintió pereza. ¿Para qué? Ya nos encontra-

---

De los cuates pa' la raza 2  
remos. Salvo muy de vez en vez con Alonso, antes de que hubiera problemas, rarísima vez veía a los otros. Por un momento volvió borroso el recuerdo de una borrachera adolescente, cuando arrojaron una madrugada una botella a la ventana del cuarto de Fernando Lozano. Sólo él podía aguantarnos una broma así, sonrió. Hizo cuentas. No recordaba bien. Deben ser casi veinte años desde que se mató en la carretera.

Repiqueteó el teléfono. Se sobresaltó. Brincó de la cama, más por impulso que por agilidad.

—Sí ¿bueno?

—Sergio, habla Alonso. Es urgente. Después discutimos lo que quieras pero óyeme ahora. Gladys acaba de telefonarme. Tomó pastillas. Me acusa de ser el causante. Está arriba, en su departamento. Llénenla al hospital Mocel, por favor. Rosalía está aquí y sabes cómo están las cosas delicadas. Junta a todo esto, que con el temblor del jueves se le cayeron dos edificios a mi padre, y siguen sacando cuerpos.

—Lo sé ¿y la hija de Gladys?

—Está con la abuela.

Colgaron.

—¿Quién era? —preguntó somnolienta Mónica.

—Vístete rápido —dijo Sergio con una rabia pura y absoluta, mientras se ponía los pantalones. Beatriz quiso suicidarse.

—¡Cómo!

—No pudo elegir mejor fecha. Sólo le faltaba esto para redondear una vida banal y estúpida.

—¿Y la niña? No lo habrá hecho estando la niña allí.

—Está con la abuela.

Acabaron de vestirse. Salieron y subieron a tranco largo los tres pisos que los separaban. Sergio apretaba los dientes. Sentía que pecho y estómago le estallaban por la furia.

Tocaron.

—¡Gladys! ¡Abre! Somos Sergio y yo.

—Déjenme... —contestó sin mucha convicción.

—No empieces, por favor. No seas tonta (Mónica).

—Váyanse...

—No puedes dejar así a la niña (Mónica).

—Si no abres, tiro la puerta —sentenció Sergio apenas reprimiendo la ira.

Salieron de su departamento de la calle Miguel Laurent, en colonia del Valle, y tomaron por Heriberto Frías. Mientras conducía el Datsun de Mónica, Sergio sintió que en la ciudad se respiraba un aire de desamparo. Las luces mismas de los faroles parecían volver más triste y tétrica la noche. Vio por el espejo retrovisor y se encontró con el rostro de Gladys. Iba adormilada. La ira se le había mitigado y ahora se mezclaban desdén, lástima y ternura. Pensó en la vida confortable y vacía de Gladys, que para él era como la negación de una vida. Sin embargo al recordar la situación de Alonso y su familia, el enojo volvió.

Entró a Félix Cuevas. Pasó Aniceto Ortega. A su izquierda vio de inmediato la puerta negra y blanca de la funeraria Gayosso. ¿A cuántos velarían ahora? Con tris-

teza recordó que la noche antepasada se velaron allí los 17 cuerpos de niñas que murieron bajo los escombros de lo que fue el Instituto Cultural que se hallaba en la esquina de Tlalpan y Miguel Ángel de Quevedo. Pasó el parque, pasó la calle de Amores, pasó avenida Coyoacán, y lo detuvo en rojo el semáforo de Adolfo Prieto. Volvió por un momento la vista hacia el hospital 20 de Noviembre. Debería dejarla aquí pero no sale viva, pensó Sergio haciéndose una broma sangrienta. Se pasó el alto.

Buscó razonar la acción, más tratándosela de explicar que de justificarla. Alonso había vuelto a dejar a Gladys hacía un mes, luego de reanudar la antigua relación porque Rosalía, enterada de todo, amenazó con absoluta seriedad dejarlo en ese instante llevándose al niño. “Ahora mismo”, subrayó. Alonso bajó la cabeza y dio todo género de disculpas. El repentino abandono, las borracheras (ahora más sórdidas y continuas), la información desconsoladora de los últimos dos días en la Ciudad de México, seguramente la minaron. Era obvia la venganza contra Alonso pero el instinto de supervivencia se impuso al fin sin ningún decoro ni estilo. No tomó la cantidad necesaria de pastillas pero se espantó ante la posibilidad de haberlo hecho. Si hubiera querido realmente suicidarse, se dijo Sergio, se hubiera dado un tiro o se hubiera arrojado desde la ventana.

Viró el coche hacia Patriotismo. Los carriles estaban despejados. La madrugada era oscura, fría, húmeda. Por fortuna, pese a ser época, no había llovido estos días. Imaginó a los atrapados bajo los escombros y la lucha angustiada de los rescatistas y voluntarios contra el tiem-

po. Se volvió hacia Mónica. Sonrieron con tristeza y cansancio.

Sin duda Gladys era una mujer atractiva pero su detallada capacidad de autodestrucción la proyectaba destruyendo lo que podía amar: familia, amistades, amantes, esposo, hija. Gladys consideraba muy elegante beber y desvelarse hasta la vaciedad y era posesiva hasta una ferocidad absurda. Pero lo más irritante era su obsesión por las pequeñas venganzas. Sobreabundaban los: “me hizo esto y me la va a pagar”.

Luego del matrimonio de Alonso y Rosalía y de Rodolfo y Carmen en 1979, Gladys se encerró un mes en su casa, y después, por más de un año, cambió una y otra vez de pareja, hasta que en 1980 decidió casarse con Gilberto Bermúdez, un pretendiente rico de la adolescencia, dueño de una cristalería en el centro histórico, de quien tuvo la niña, y cuyo matrimonio duró en el naufragio cerca de tres años. Por ese tiempo Gladys buscaba mucho a Mónica como apoyo. Se quejaba de que su esposo era el clásico macho mexicano que la quería tener todo el tiempo en la casa y le gritaba todo el tiempo porque sólo le gustaban las telenovelas y no sabía nada de trabajos domésticos. Varias veces llegó a pegarle. Coincidió que luego de la separación se desocupó un departamento en el edificio de Miguel Laurent, donde vivían Mónica y Sergio. En un gesto de simpatía o de piedad Mónica le dijo que por qué no ocupaba el departamento. Pese a que de inmediato percibió su error, ya era tarde. Gladys hizo cuentas, habló con el ex marido (que le pasaba una buena cantidad), y se mudó.

—Vas a ver qué problemas nos va a traer la tipa— reclamaba Sergio a Mónica, en una de las pocas veces que ésta lo había oído gritar en más de diez años.

Gladys no tenía trabajo. Como todas las mujeres que lo han tenido todo, Gladys no sabía hacer nada, pero para iniciar un trabajo quería un puesto ejecutivo, y desde luego, que la mandaran llamar. A lo más en su vida consiguió algunos servicios libres que le reportaban cualquier cosa.

Cerca de la navidad del 1983 Sergio invitó a Alonso para agradecerle una recomendación para conseguir mucho más barato unos aparatos de laboratorio. Rosalía estaba fuera de la ciudad y ella misma había tenido la delicadeza de disculparse antes. “Vengan un día a la casa, hace mucho no nos vemos.” Por una indiscreción involuntaria de Mónica se enteró Gladys de la cena y se hizo invitar. Sergio y Alonso, quienes lo angustiaban, fueron los primeros sorprendidos al verla. A la tercera copa Alonso, quien nunca fue simpático, reía a carcajadas. A la octava subieron juntos al departamento de Gladys.

—No sólo la trajiste al edificio, sino le has hecho un gran servicio a Rosalía —gritaba Sergio a Mónica.

A partir de entonces la amistad de Sergio y Alonso, que pese a los largos años de trato y conocimiento nunca fue profunda, se resquebrajó. Sergio prohibió a Mónica frecuentar a Gladys y en un momento aun hablar de ella, porque era motivo de discusiones agotadoras.

—De ningún modo vamos a servir de cómplices o aquí termina todo —enfaticó Sergio.

Mónica lo vio tan decidido que acabó por doblar las manos.

Cuando Rosalía se enteró de la relación (ya había pasado más de un año y medio), Sergio envió a Mónica para explicarle que fueron ajenos a los hechos, y que desde entonces no cruzaba una palabra con Alonso. Eso pasó a principios de agosto; a los pocos días Gladys buscó a Mónica. Alonso había roto con ella. Mónica dijo que era lo mejor; Sergio respiró de alivio.

Cruzó José Vasconcelos, entró por José María Tornel, dobló a la izquierda por General Cano y dobló de nuevo a la izquierda para entrar por Gelati. Se estacionaron frente al hospital. Entre los dos cargaron a Gladys, subieron la escalera, y entraron. Al verlos hubo un rápido movimiento de médicos y de enfermeras.

—¿Ayudo? —preguntó ansioso un médico.

—Sí, por favor.

—¿Cuánto tiempo estuvo bajo los escombros?

—Sobredosis de barbitúricos —dijo Sergio con pena.

—¡¿Qué...?!

Con incredulidad el médico vio a los ojos de otro médico y a los ojos de dos enfermeras. Todos tenían el mismo gesto de incredulidad. En ese instante Mónica sintió vergüenza y rabia contra Gladys.

En la noche del mismo 22 la dieron de alta. Sergio y Mónica fueron a recogerla. De los edificios del padre de Alonso seguían sacando cuerpos.



## La vista fija

ALBERTO CHIMAL

Érase una niña pequeñita y muy bonita, con chapas rojas rojas cual flores de rubor, vestidito rosa y bonito cabello rizado. Jugaba en un parque con su pelota y era muy feliz. Oyose entonces un disparo, y la frente de la niña hizo ¡pop!, y una emisión hubo de sangre y sesos entremezclados que, flor también de rubor (aunque de otro, ¡ay, de otro rubor!), cayó en el pasto un segundo o dos antes que la propia niña.

De la pelota no se supo más, yo creo que alguien se la robó. Debe haber sido fácil porque hasta la niña, que no se movía y de cuya frente seguía manando ese caldo rojo y tremebundo, llegó una mujer que *pants* que se quedó con la vista fija en ella; un señor de traje barato que también se quedó con la vista fija en ella; un par de muchachos, con uniforme y peinados de escuela militarizada, que también se quedaron con la vista fija en ella.

Y una anciana de coche con chofer, su chofer, un grupo de novicias, tres policías, un comerciante informal, un malabarista de crucero, un ejecutivo de exitosa empresa y otros muchos más, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, que tras llegar se quedaron igualmente alrededor de la niña, igualmente con la vista fija en ella, arruinando con sus pies descuidados el pasto del parque, favoreciendo la huida del posible y desalmado la-

---

De los cuates pa' la raza 2  
drón de pelotas, presas todos de la misma atracción: del mismo embrujo, imperioso y extraño.

Porque no se encontraban ante un televisor, no había reportero que comentara lo que veían, no se veía logotipo ni anuncio superpuesto ni nada entre ellos y las manchas rojas rojas en el pasto verde, los rizos manchados de rojo, los trozos de cráneo igualmente manchados de rojo, la expresión de sorpresa en la carita infantil, los bracitos y piernitas inertes, laxos, ya fríos.

Y, por ende, todo, todo cuanto veían era de ellos solamente: su secreto, como son secretos el frío del velador, las pesadillas del enfermo, mi propia voz como se oye desde adentro.

Así que allí estaban, llenos de un gozo nuevo, vivo y tembloroso, de esos que son inconfesables y agradabilísimos. Y cuando todos se encontraban a diez metros o menos, aun sin otro cuidado que el espanto ante sus ojos, la niña explotó y los mató.

## De seguro

FRITZ GLOCKNER

¿Seguro de vida? ¿A quién carajos se le habrá ocurrido llamarle así? Sin duda alguna más bien se trata de un seguro de muerte, lo adquieres porque sabes que tarde o temprano te vas a morir y deseas dejar un dinero a alguien especial (para el beneficiario puede que llegue a ser un respiro económico), porque al comprarlo no garantizas tu vida, tu existencia; al contrario, lo adquieres con la conciencia de que a la esquina estará la muerte por ti.

Lo obtuve sabiendo que pronto se tendría que usar. Afortunadamente los agentes o vendedores de seguros nunca se cercioran de tu actividad, chistoso hubiera sido que al llenar la solicitud escribiera en la línea de ocupación: narcomenudista. ¿Habrá seguros para los narcos? ¿A cuánto ascenderán las primas de los trabajos peligrosos? Un policía, un ratero, un guerrillero, un bombero, ¿tendrán un seguro?

Afortunadamente en mi caso la cara de pendejo y la apariencia de ser menor de edad permitió que creyeran lo que dejé escrito como oficio: “estudiante”. ¿Alguien podría llegar a dudarlo? Eso nadie lo podría negar, ya que estoy inscrito en la universidad, la matrícula está al corriente, las colegiaturas pagadas —que solamente vaya a la universidad para hacer negocios es otra cosa—, pero de que mi aspecto es el de un estudiante no hay duda. Inclu-

so varios de mis conocidos podrían testimoniar a favor de aquella versión.

Transar a los narcos es cosa de grandes, de muchos huevos, de decisión, es una apuesta y yo decidí jugarla, total, poco tenía por perder, de antemano sabía que la vida era lo más que podría dejar en el camino y para eso me saque el seguro de vida, o el seguro de muerte.

Las Vegas fue un destino correcto, ¿quién no ha soñado con ser personaje en aquel luminoso lugar? Los yanquis no tienen nada, pero que tal lo inventan todo, con su dinero logran importar todos los sueños y, para eso la ciudad de Las Vegas es el mejor de los Ejemplos. Desde que llegué al aeropuerto pude descubrir las luces, la sorpresa fue excitante, todos los colores ahí convocados: púrpura, rojo, azul, amarillo, café, dorado, celeste, anaranjado, morado, todos se te meten por los ojos. Conforme alquilas una limusina para que te traslade del aeropuerto a tu hotel te quedas absorto del juego de luces, de colores, ¿cómo fue que en medio de un desierto se levantara esta ciudad?

Según dicen que un tal Bugsy fue el que tuvo la iniciativa de fundar Las Vegas como el gran centro para el juego, una vez que decidiera separarse de la mafia italiana que controlaba la venta prohibida de alcohol en Nueva York.

Ahora, que según mis cálculos no fue sino hasta la caída de Batista en Cuba, allá por el año de 1959, cuando Las Vegas no levantaron el vuelo, su fama y la emoción, ya que, ¿a quién se le podría haber ocurrido venir a un desierto para apostar? Sobre todo que en Cuba los grin-

gos además de casinos contaban con hermosas playas, mujeres exuberantes y grandes espectáculos, pero claro, cuando Castro los mandó al carajo, recuperaron la idea de Bugsy, quien ya no fue testigo del éxito de su iniciativa.

Para impulsar la ciudad trajeron a Elvis con toda su leyenda a cuestas, repitiendo en sus bailables el jolgorio de lo que existía en La Habana con su legendario espectáculo del Tropicana. Imagino que parte de aquel mito me influyó para venir hasta aquí como un acto para exorcizar viejos fantasmas, ya que todavía recuerdo con emoción cuando la novia de la preparatoria me confesó que había aceptado andar conmigo por que todas sus amigas le insistían en mi parecido con Elvis, gusto que duró pocas semanas, pero aquél sí que fue un amor de verdad.

Pronto la limusina tomo el Boulevard Las Vegas. El tráfico no me molestó por primera ocasión en la vida, al contrario, me dio gusto que tuviéramos que conducirnos a baja velocidad, y que en ocasiones permaneciéramos hasta por diez minutos detenidos, para poder disfrutar con la mirada esa loquera del juego de la luz, del color, del brillo. Pasé lista a los hoteles que ya había logrado visualizar en varias películas que se desarrollan en la ciudad del juego, los espectáculos, la ilusión, las bodas, el destrampe, las prostitutas y la frustración; ya que antes de abordar el avión y venir me encerré por tres días y alquilé todas las cintas: *Adiós a las Vegas*, *Bugsy*, *Querida Agrande a los Niños*, *Juegos de Placer*, *Una Propuesta Indecorosa*, *Ocean Eleven*, otra donde actuó la buenota de Salma Hayek, *La Gran Estafa*, *Tres Mil Millas al Infer-*

---

De los cuates pa' la raza 2

no hasta aquella serie de dibujos animados cuando *Los Simpson* van a la ciudad del pecado conseguí, para que nadie me dijera que no sabía a dónde iba. Entiendo que es muy chafa pretender ser personaje de película; aún así asumí sin duda alguna la influencia para optar como última morada Las Vegas. Por ello sabía que para llegar a mi hotel tendría que circular largamente por el *boulevard* principal, que por cierto elegí el más caro; total. si de despedirse del mundo se trataba ¿por qué no habría de darme todo el lujo posible? Por ello pude ver desde el principio el hotel Luxor con su imagen egipcia; el Excalibur simulando los tiempos del rey Arturo; el MGM con su ficción de película; el New York, New York para recordar a Sinatra y pasar a un lado de la estatua de la libertad —que ni gringa es—; el Montecarlo: y el París, para sentir el aire europeo; el Bellagio con sus fuentes danzantes; el Caesar Palace con esa majestuosidad romana; el Flamingo, donde comenzó toda la historia de esta ciudad; y el Mirage con su verde tropical. Hasta que al fin el chofer de la limusina respiró descansado con nuestra llegada al hotel Venetian, sin haberse dignado a dirigirme cualquier palabra amable, cosa que a final de cuentas me agradó ya que pude dejar mi atención en el paseo.

¿A quién carajo se le habrá ocurrido bautizar la buena suerte del juego de una maquinita con el nombre de BAR? La entrada a todo casino de los hoteles de Las Vegas es una cuestión de locura; si por la calle la luz y los colores son desbordantes, el ambiente en cada espacio de juego provoca una sensación de contagio con la emoción, los ruidos de monedas cayendo en las bandejas, el

accionar de las palancas de las máquinas y su estruendo esperando que coincidan los cilindros para ganar algún premio, las expresiones de felicidad de algún ganador en la mesa de veintiuno... Todo aquello me permitió asegurar que la opción había sido la correcta; aún que imitara a final de cuentas a Nicolas Cage con su despedida en Las Vegas. Ahora me faltaría una mujer guapa y mucho alcohol.

El dejarse desbordar por una apuesta tan sencilla, como lo es introducir una moneda por la máquina y esperar ansioso que la probabilidad esté de tu lado para ganar alguna cantidad, fue la mejor de las recetas para olvidar los motivos por los cuales habría elegido Las Vegas como opción para poner nerviosos a los narcos. Los cuatro días que me la pase fueron buenos, los disfruté, dejé atrás los viejos rencores, las frustraciones. Sin duda constaté que ahí se juega el hambre del mundo, pero no me permitió la opción filosófica, ni mucho menos el remordimiento por andar despilfarrando un dinero que de todas maneras no me pertenecía y que gracias a él mis días podrían haber llegado al límite.

Varias ocasiones, inmerso en el remolino humano, paseando de un hotel a otro, de un casino a otro, me pregunté en cuántas de las fotografías de los turistas que baboseaban al igual que yo, estaría retratado y que le pudieran servir a los narcos para dar conmigo, aunque no por ello dejé de saber que la vida puede ser una perra y al final, de todos modos dan contigo. Quién busca encuentra, y yo aposté así las cartas.

Los disparos en el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México fueron exactos, medidos, ya me esperaban y yo los esperaba. Sonaron como simples fuegos pirotécnicos, los gritos de las personas a mi alrededor fueron el aviso de que aquellas detonaciones eran dirigidas hacia mí. Ni las sentí, si acaso alguno que otro ardor en la piel, no más que cuando te pica un mosquito. Ahora es el escándalo de la ambulancia que me intenta transportar al hospital más cercano por las contaminadas y congestionadas calles de la Ciudad de México lo que me estorba, lo que me inquieta, me molesta; de no ser por eso, estaría completamente satisfecho.

¿Qué va a ser de mis objetos personales? ¿Quién se dedicará a revisar todas mis cosas en casa? ¿Encontrará mamá mi diario? ¿Lo leerá? ¿Qué pedirá Laura para ella? ¿Algún recuerdo mío? ¿Qué opinará mi padre? ¿Qué harán con mis pantalones de mezclilla favoritos? ¿Usará alguien mis camisas? ¿Qué harán con mis amuletos? Siento como que van a violar mi intimidad, después de muerto sabrán todos mis secretos, para que se decepcionen de mí, para que no se los digan a nadie, para que los guarden en lo más profundo como lo hice yo. Eso sí, espero que mi madre dé con la póliza del seguro de muerte que adquirí hace un mes, ese dinero siempre será un alivio para el dolor, por lo menos igual y alguien de la casa decide ir detrás de mis pasos en Las Vegas, para ambientar los últimos días de mi vida, antes de que tuviera que pagar a los narcos mi osadía.

## Luna de Fuego

VÍCTOR LUIS GONZÁLEZ

El movimiento se detiene y regreso a concentrarme en la espesura de la oscuridad; huele a vapor y metal que entran en mis pulmones igual a humo a punto de convertirse en pasta. Comprendo a los ciegos; siempre creí que miran una claridad azulosa, sin imágenes. Percibo a los otros a través de la amplitud oscura, en el espacio cuyo techo toco con mi mano. Siento la humedad de quienes quedaron junto a mí, y un brazo, una pierna en su reclamo de otro poco de sitio. Las respiraciones a mi alrededor apestan a sed y hambre. En algún lado, afuera, debe de haber fuego. O a caso la luna comenzó a arder y sólo mantiene en el exterior la luz dedicada a la noche, y convierte el lugar donde estamos en uno de esos toros de bronce persas puesto al fuego para hacerlo bramar, como si adquiriese vida, por los condenados en su interior. Toco el metal cercano a mí; sigue ajeno, indiferente a la oscuridad parecida al humo de volcanes. Recuerdo los caminos rumbo a las campañas; los viajes, cuando ha dejado de ser suficiente el territorio propio y ha habido necesidad de acudir a otros cada vez más lejanos, tanto, que las razones para su conquista se deshacen en el camino, dejan de entenderse. Sólo son lugares que deben poseerse, como si en realidad siempre nos hubiesen pertenecido y no hubiera más que reclamarlos junto con

---

De los cuates pa' la raza 2  
bienes y los hombres a quienes ya hemos despojado del  
alma para volverlos esclavos.

Este conflicto ha comenzado por una mujer, se dice. No, no puede ser cierto. La razón debe de ser mucho más grande, más incomprensible. Y, de nuevo, se había iniciado otro viaje en el camino hacia el ningún lugar de la guerra.

Afuera, el ruido continúa bajo la luna ardiente. Adentro, aquí, es la oscuridad y la espera. ¿Hace cuánto debí acostumbrarme a las esperas? En el mar las esperas tienen la cuenta finita de días antes del avistamiento de tierra. Aquí, como antes de las batallas, la espera se prolonga y nadie de nosotros sabe cuándo concluirá. Tal vez nunca saldremos de aquí. El ruido de afuera es el alimento de la espera. ¿Cuándo terminarán las voces, risas, música? ¿En qué momento la espera se irá y dejará de ser una de las manos en nuestro cuello, igual que lo es la oscuridad sólida e hirviente? Sí, la luna debe de estar ardiendo. Debe de haberse encendido tocada por el sol para hacerse sustituir ahora que ganaremos esta lucha, larga como las esperas. ¿Qué dirán nuestros filósofos mientras contemplan la luna de fuego? ¿Cuál, la expresión de nuestros soldados? ¿Qué sentiremos nosotros tan pronto podamos verla?

Siento la indiferencia del metal de mi arma. En el fondo de ninguna parte, dentro de la oscuridad, escucho una voz que ha descubierto silencio en el exterior. Moveremos nuestros cuerpos para recuperar un suspiro, la vida de los músculos; entonces no era yo un muerto pensante pudriéndose bajo tierra. El silencio sustituye a la espera,

---

**Antología literaria**  
no durante mucho. Abrimos la compuerta del piso. La  
madeja de la oscuridad y el calor caen y entra aire y luz.  
Descolgamos las cuerdas y comenzamos a descender del  
caballo de madera.



## Microrelatos

ROGELIO GUEDEA

### Supermercados

Ayer en la noche fui al supermercado. Suelo ir por la mañana, muy temprano, porque la fruta y la verdura preservan mejor el olor de su frescura. Pero esta vez fui por la noche. Cogí el carrito y empecé, como siempre, por la sección de frutas y verduras. Al lado mío estaba una mujer de cabello largo, rubio, que usaba *pants* y tenis blancos. La miré de reojo mientras escogía jitomates. Cuando iba por las mandarinas, vi que la mujer de cabello largo ponía en mi carrito una bolsa de zanahorias. Pensé que se había equivocado, pero luego vi que fue a su carrito y lo empujó hacia la sección de ensaladas. Minutos después, mientras echaba cebollas en una bolsa, vi que la mujer ponía en mi carrito media arpilla de naranjas, para luego avanzar hacia los betabeles y los puerros. Entonces no pude evitarlo. Llené media bolsa de papas y, aprovechando que la mujer estaba desatando un manojito de betabeles, puse en su carrito una piña y un racimo de plátanos. Luego, me di la media vuelta y fui hacia la sección de aderezos. Cuando volví con un par de ellos, me di cuenta de que había en mi carrito una bolsa de betabeles y dos pimientos rojos. Entonces avancé lentamente

---

De los cuates pa' la raza 2

hacia el carrito de la mujer, mientras ella hurgaba entre las lechugas variopintas, y al paso cogí media sandía, que puse en su carrito en una posición estratégica para que no le costara trabajo descubrirla. Lo mismo sucedió en la sección de cereales, en la de carnes, en la de vinos. Ella ponía en mi carrito pechugas de pollo y yo en el suyo carne molida. Ella una botella de vino tinto y yo una de espumoso. Avena ella. Café yo. Así hasta que salimos del supermercado, ya bastante noche esta vez, subimos al mismo automóvil y durante el trayecto a casa nos fuimos convirtiendo, otra vez, en el marido ejemplar que era yo y en la esposa intachable que nunca ha dejado de ser ella.

## **Amistades insumisas**

El hombre Y estaba en el centro comercial husmeando en uno de los pasillos del departamento de niños cuando el hombre X, amigo de hace muchos años del hombre Y, pasó a paso lento por el costado izquierdo. Cuando la mujer del hombre Y vino para decirle que entraría a los probadores, el hombre Y aprovechó para informarle: hace unos minutos me pasó por un lado el hijo de perra de Sánchez Arriaga, me vio y se hizo pendejo para no saludarme. La mujer le contestó: no hagas caso, gordo. Dirás bien, replicó el hombre Y. Cuando, por otro lado, el hombre X alcanzó a su mujer en uno de los pasillos del departamento de mujeres, el hombre X aprovechó para

decirle: hace unos minutos me encontré en el departamento de niños al hijo de perra de Zamora Prieto, me vio y se hizo pendejo para no saludarme. La mujer le contestó: no hagas caso, gordo. Dirás bien, replicó el hombre X. Se dio la media vuelta y se fue por donde vino.

## **El amor que yo quería contar**

Ésta quería ser una larga historia de amor, una historia de un hombre y una mujer que se conocieron un día en el centro comercial, mientras ella miraba con detenimiento unas zapatillas rojas y él, del otro lado del cristal, amorosamente, la miraba mirar. Ésta quería ser la historia de un hombre y una mujer que toda su vida ensayaron sus pasos para poderse encontrar. Quería la historia que el hombre abordara a la mujer, la invitara a un café, a un salón de baile, la invitara a amar. Quería esta larga historia que nadie estuviera detrás: ni Dios, ni el diablo, ni el azar. Sólo la mujer y el hombre saliendo del brazo, amorosamente, del centro comercial. Después vendrían los hijos, las promesas, las noches de frío, el té de las diez, los besos con sabor a lluvia. Después vendrían sus paseos por el jardín, el cine, las reuniones con amigos, las breves pero sustanciosas alegrías. Hubiera sido bellissimo que el hombre la invitara a amar, pero la mujer, inesperadamente, y sin advertir la larga historia de amor que yo quería contar, se dio la media vuelta y se perdió en los pasillos del nunca jamás.



## **Fin de semana en la cárcel**

CLAUDIA GUILLÉN

De la fiesta a la cárcel no hay gran distancia, sobre todo si median el vino y una dichosa e irreflexiva edad. El paso lo di jurando inocencia, por no perder la costumbre, y se encargó de filiarme un clásico Ministerio Público, malhumorado por el desvelo y la contundencia de mi culpa. Eran las dos de la madrugada. La luz mortecina de la bombilla despedía tedio. Unas pobres moscas insomnes revoloteaban de un lado a otro de la oficina policiaca. El encargado de impartir justicia apuntó de mala gana la fecha de mi nacimiento y los nombres de mis padres, demostrando todo el enojo que puede provocar la convocatoria de quienes a esas horas dormían apaciblemente y tuvieron que volver al trabajo a causa de un trasnochado infractor. Me despojaron del cinturón, de la corbata y hasta de las cintas de los zapatos, como si vieran en mi rostro alguna intención de suicidio. Por si fuera poco, todo el pobre cargamento de mis bolsillos quedó a la intemperie, sobre la mesa del polizone soberbio. Traspuse el umbral de la celda con el férreo crujido de la reja. En mi boca se mezclaban aún los vapores del vino que había consumido unas horas atrás.

La sala era amplia y concurrida, como que era noche de sábado, clásicamente diabólica en cualquier

---

De los cuates pa' la raza 2

ciudad del mundo. Bultos, ronquidos, diálogos en voz baja, brotaban del frío y sucio suelo. Algunos huéspedes afortunados estaban envueltos a medias en colchas raídas, mientras que otros se arrastraban con cautela en pos de un pedazo de trapo ajeno para engañar a la humedad soterrada. La luz, opaca pero incómoda, pendía en el centro de la celda y los desesperados iban de un lado al otro del galerón sin poder conciliar el sueño. Un opulento cubo de agua calmaba la sed de los alcohólicos en su trágica cruda. De los rincones emergían, de cuando en cuando, figuras humanas que en un principio apenas parecían sombras.

El escenario era desolador. Quizá lo era aún más porque el tiempo de la cordura llegaba poco a poco a mi mente. Desde el patio, un perro nos mortificaba con severos ladridos que compartían su estridencia monótona con la de un guardia que no cesaba de andar, atropellando los tacones claveteados a sus botas. Los presos nos mirábamos sin saber qué decir, rumiando esa mezcla de remordimiento y resignación tan propia de quienes reconocen los abusos causados a los demás. Al paso de las horas, todos dormíamos o seguíamos callados y el imperial silencio de la madrugada sólo era perturbado por un animalejo volador y nuestro patético cancerbero. La estrella más cercana se asomaba a través de la claraboya de la celda, entre los barrotes oxidados.

La primera hebra de luz que se coló a la celda nos alentó, y espantó un poco la aflicción de casi todos los culposos. Esa salida de la oscuridad había sido anhelada con ansia por quienes pasamos una noche de angustias

repartidas. Al poco rato, la mayoría de nosotros formaba una hilera alborotada por el mal humor de quienes habían despertado a la fuerza. Apretado por aquella valla humana, sin querer le propiné un codazo a un malencarado que estaba a mi izquierda. Poco faltó para que el accidente terminara en pelea: una sonrisa mía como disculpa frustró oportunamente el posible desenlace a golpes. Después, al escuchar mi nombre citado en la lista del guardia matutino, me arrinconé al tiempo que experimentaba la certeza de mi condición de presidiario con un profundo hueco en el estómago: ya formaba parte de ese pequeño cosmos de gente de mal talante y debía ponerme a tono con ellos. ¡Nada de sonrisas y sí muchas maldiciones! Ensayé un soberbio escupitajo con la poca saliva que guardaba en la boca y quedé complacido de mis rápidos progresos.

Se repartieron las labores de nuestro efímero hogar. Realicé el aseo del recién abandonado dormitorio, lleno de miasmas, a golpes de fusta de otro polizonte. Más tarde crujió el hierro de la puerta y uno a uno fuimos saliendo, entumecidos, a ponernos de cara al sol, para descansar del aire recargado. Nos distribuimos cada cual por su lado en un cuadrilátero decorado con algunos árboles.

Examiné de reojo a los colegas y los clasifiqué como me vino en gana mientras, tumbado en tierra, disfrutaba la compañía de un perro sucio. Lo sentía espiritualmente más cercano, en medio de la rara especie que habitaba aquellos muros. Vencido por el sueño, dormí quién sabe cuánto tiempo: los relojes estaban en las ofi-

---

De los cuates pa' la raza 2  
cinas, donde yo ya no tenía cabida. Cuando desperté, el grupo se había familiarizado. Jugaban naipes, conversaban y, más allá, en turno de picardías, la actuación de unos era celebrada con las rechiflas o risotadas de otros, según la pericia del narrador.

El sol pegaba fuerte. Un vientecillo pasaba moviendo las hojas de los árboles. El del chicote caminaba entre nosotros husmeando, desconfiando, y el buen perro a quien todos llamaban Canelo, como a muchos de su especie, me miraba a través de sus ojazos color ámbar con una expresión que confirmaba el don que yo suponía poseer para simpatizar con esos perros sin dueño en busca de cobijo.

En los patios de las cárceles hay algo extático. Las horas pasan con dificultad y la marcha del reloj roe a los cautivos con la terrible ansiedad de trasponer cuanto antes los muros y salir a la calle donde palpita otra vida, otras capas de aire, privilegio de la gente libre que ignora la dicha de moverse a su antojo. ¡Cómo se añora ese privilegio cuando se está a la sombra! Pensando en estas y muchas otras cosas, caminé hacia el centro del patio donde estaba una pileta de aguas turbias. Durante un rato seguí con atención la ruta fugaz de improvisados barquitos de papel hechos por manos ociosas.

Luego vino un nuevo grupo. Más chicotazos y más huéspedes, a quienes recibimos con ingenuo orgullo, tomando muy en serio nuestra antigüedad carcelaria. La tarde fue gris, silenciosa. Nos encerraron otra vez en la jaula y, con las sombras nocturnas, una congoja inevitable agrietaba las almas más rudas. La puerta crujía de

vez en cuando y todos aguzábamos los oídos con esperanza de oír nuestro nombre: la señal para alzar el vuelo y decir a los demás: “Me voy, cuidense. ¿Desean algo?”. Algo que se olvida al cruzar la puerta.

Cada ruido de las llaves del carcelero aceleraba nuestros corazones, desbarataba los nervios del más templado. Desafortunadamente, estos tintineos siempre convocaban la presencia de un nuevo y compungido huésped. Como arco tenso, el cuerpo espera hasta que se pierde todo optimismo.

Por fin oí mi nombre. Junté deprisa las pocas pertenencias que traía conmigo. Repetí escrupulosamente la despedida de todos los que me habían precedido. Caí en la calle como una suerte de nuevo habitante y una bocanada de aire libre llenó mis pulmones ansiosos. Por la esquina vi venir a dos polizontes y cambié el rumbo. A pesar de que sólo habían sido dos días adentro, sentía que el tiempo ahora corría de diferente manera. Mi primera intención era encontrarme con mis amigos y presumirles mi nuevo estatus de ex presidiario, pero ninguno de ellos se hallaba en su casa. Pensé buscar a Mónica, quien de alguna manera era responsable de mi encarcelamiento. Se había hecho mi novia después de varios días cargados de insistencia, regalos, invitaciones al cine y a comer. Sin embargo, en el baile de aquella noche apenas logré arrancarle una sonrisa lejana, lo que me llevó a beber más de lo acostumbrado. No, ella no podía ser la depositaria de mis experiencias.

Caminé sin rumbo por calles que apenas despertaban. Los empleados de los comercios hacían el aseo

---

De los cuates pa' la raza 2

de sus locales. Me sentía cansado. La espalda y las piernas comenzaban a pesarme. Me detuve en una esquina a comprar un par de tamales y un atole. Los devoré con toda prisa como si se tratara de un gran manjar. De pronto se apareció ante mis ojos un pequeño perro cubierto por una cabellera esponjosa y blanca; su cola se movía sin cesar y, a pesar de su diminuto tamaño, me observaba con la misma complicidad de mi compañero canino en la cárcel. Le pedí otro tamal a la señora que atendía el puesto, quien los sacaba de la olla humeante como si fueran conejos brotando de la capa de un mago.

Subí las escaleras de mi edificio acompañado de mi nuevo amigo, quien intercalaba sus miradas entre mis ojos y el pequeño bulto en mis manos que soltaba aromas apetitosos. Al ponerle la comida en el piso, el Canelo primero la olió para luego devorarla, igual que yo lo hice momentos antes. Sólo paraba al dar pequeños lengüetazos al tazón de agua que puse a su lado. Cuando ambos nos encontramos satisfechos, nos dispusimos a dormir la siesta para despertar al día siguiente con la incertidumbre del próximo fin de semana.

## El muerto

HERNÁN LARA ZAVALA

Para Luis Leal y Sara G. Poot Herrera

Me encontraba en una galería. Se inauguraba la exposición de mi amiga Carolia, la pintora, que me había insistido mucho para que no faltara. Yo no me sentía muy bien pero acepté a nombre de la amistad y porque realmente me gustaba su obra. Tan pronto llegué me di cuenta de que había demasiada gente así que decidí hacer acto de presencia durante un rato, saludar a mi amiga y escapar furtivamente. Ya después regresaría a apreciar los cuadros con calma. Saludé a Carolia, fingí dar una vuelta por la exposición con el fin de escapar tan pronto encontrara la oportunidad, cuando lo vi. No lo podía creer. Era él: viejo sí, pero con su actitud amable de siempre, alto, de mirada inteligente, un poco encorvado, calvo, con una guedeja blanca y una constante sonrisa a flor de labios. Tenía una copa en la mano y, como yo, se encontraba totalmente solo en medio del gentío. Lo empecé a observar desde varios ángulos: me fui acercando poco a poco y sigilosamente. Lo fui rodeando sin que se diera cuenta. No había ninguna duda: era él. Quedamos frente a frente. Al verme sonrió y pronunció mi nombre. “Miguel”, le dije, “creí que ya estabas muerto”.

Sin ofenderse rió con ganas, mirándome a los ojos. “Sí así es, no lo niego. Pero me temo que esta noche el muerto eres tú.”

## **Pascua florida**

A Rubén Solís

Alvarito se encontraba muy preocupado. Antonio, su jefe y dueño de la tienda La Embajada, en donde él servía como secretario, había salido desde las diez de la mañana en compañía de uno de sus primos de la Ciudad de México y todavía no regresaba a pesar de que ya eran más de las ocho de la noche y estaba a punto de cerrar. En el transcurso del día pasaron los de Sabritas, los de Bimbo, los de Coca-Cola, los de Gamesa e incluso el agiotista del pueblo, el señor Chávez, al que le debían tres mil pesos y que fue a cobrar sus intereses sin que Álvaro pudiera darle ni un centavo, pues tenía órdenes expresas de no pagar nada a menos que Antonio lo hubiera indicado previamente. Disculpándose despidió al último cliente, hizo el corte, guardó el dinero bajo llave y salió a indagar en dónde diablos podría encontrarse Antonio, que jamás se ausentaba tanto tiempo sin avisar. Como sucede en los pequeños pueblos, Alvarito empezó a preguntarle a la gente si no lo habían visto. “Lo vi en La Vencedora como a eso de las tres”, le contestó algún conocido con sonrisa socarrona. “Estaba tomando los tragos con

un primo de México que creo es escritor”, comentó. Qué raro, se dijo Alvarito para sí, no creo que todavía esté allí pues Samuel Cervera siempre cierra antes de las seis. Y en efecto, llegó a La Vencedora y la cantina ya estaba con la cortina bajada y en silencio. Con mucha pena se dirigió a la casa de Samuel y tocó en la puerta. Le abrió la esposa y cuando Alvarito preguntó por él, la señora le dijo que ya estaba dormido, pues había tenido un día muy pesado. “Se trata de algo urgente”, comentó Alvarito. “Mucho le agradeceré si me permite hablar con él aunque sea un momentito.” De mala gana la señora se internó en la casa y al poco rato Samuel salió en calzoncillos, ojeroso y despeinado. “Me acabas de joder la siesta”, le dijo sin mayor averiguación. “Qué quieres.” “Supe que Antonio estuvo en tu cantina y quería preguntarte si no sabes a dónde fue. Estoy preocupado porque tiene diabetes, sufre de presión alta y el doctor le tiene estrictamente prohibido tomar, así que me temo que le pudo haber pasado algo.” “Pues cuando yo cerré ya andaba bien chumado”, dijo el otro. “Es más, se fue con la botella de Holcatzín en la mano, rumbo al panteón, pues quería que su primo visitara las tumbas de sus abuelos.”

Antonio, efectivamente, se encontraba en el cementerio. Su primo se había vuelto ya a Mérida en un automóvil rentado y lo había dejado en la oscura desolación y el silencio del camposanto, acabándose solo la botella. Estaba sentado bebiendo cuando de súbito le pareció ver que una de las tumbas se abría y de allí emergía, ni más ni menos que Pedro Toraya, mejor conocido como el “Chuga”, con el que acostumbraba jugar

“topo- dados”. Se restregó los ojos y preguntó: “¿Chuga?” “El mismo, mi amigo”, contestó el otro, sonriente. “¡Qué gustazo!”, exclamó, y no acabó de pronunciar la frase cuando vio que se levantaba la lápida de otra tumba. No lo podía creer. Vio a Néstor Cervera, “Ziclán”, salir de la fosa completamente desnudo. “Al menos cúbrete”, lo reprendió Antonio. Y también a Alvar Buenfil, el “Much” y a William Rosado, y más atrás, al tío Lisandro y a la tía Chelito muy de la mano. Y cuando se dio cuenta todos los muertos estaban resucitando, unos acá y otros allá. “Vamos a armar la jugada aquí en el mismísimo panteón”, propuso Antonio, “al fin que me queda todavía un poco de Holcatzín para calentarles los huesos”.

## Los torturados

EDUARDO LIZALDE

Cómo un dolor tan grande  
para una sola criatura.  
Por qué laceración tan espantosa  
casi contra nadie.  
Cómo, enorme tortura,  
tienes estómago para cebarte  
en este pobre perro de Dios.  
Para qué, buitres, tal gozo  
de la naturaleza carnífera,  
tal laboriosa minuciosidad biológica,  
fieras aladas,  
contra un hombre inocente  
y desprovisto de riquezas.  
Cómo pueden ustedes,  
buitres maravillosos,  
ser tan perfectas máquinas  
de la necrofilia,  
semejantes aéreos monumentos  
de la destrucción,  
de la demolición de lo construido  
para sobrevivir a su miseria.

Mírenme, atiendan al dolor de una bestia  
pensante para su desgracia.

Yo invoco impunemente  
nuestra hermandad de bestias  
lejanamente originales.

Yo me degrado, buitres,  
pido piedad, me bajo del caballo,  
porque el dolor me ha hecho  
retroceder hacia otras razas  
y sólo soy ahora  
como esta roja laja a la que duele,  
contra natura,  
su condición de laja.

## El puente de Metlac

LEO MENDOZA

Idolino Nogueira pintaba paisajes. No era un artista famoso ni pertenecía a los muchos grupos vanguardistas que, por esos años, dominaban el mundo de la plástica. Jamás en su vida le pasó por la cabeza realizar un *performance* o *action painting* y, aunque admiraba a *Jaspers*, *Pollack* y *Rotkho*, nunca se sintió tocado por la abstracción. Él era figurativo rajatabla. Aunque había estudiado en la Academia y tuvo algunos compañeros que con el tiempo se hicieron famosos en el medio, había decidido desde muy joven que lo único que le interesaba, además de la acuarela, era ser paisajista. Admiraba los cuadros de *Velasco* y *Clausell* y los de *Rivera* parisino y, para él, la última corriente pictórica importante era el impresionismo. Lo que vino después, decía, era la caída del arte en un profundo hueco cuyo fondo estaba constituido por las nuevas tendencias de las instalaciones, la manipulación digital y eso que llamaban conceptual. Simplemente, no le cabía en la cabeza que un artista tuviera que echarse rollos y rollos, sumergirse en un mundo de palabrería, para que su obra se entendiese.

Las palabras sobran frente a un buen cuadro —decía en las tertulias de La Ferrolana, rodeado por otros compañeros de oficio que, domingo a domingo, vendían su obra en los camellones de *Álvaro Obregón*,

---

De los cuates pa' la raza 2  
o bien, se desplazaban a Tlacoquemécatl y ponían su puesto tras pagar la cuota de rigor a los organizadores.

Digamos que Idolino no era un mal pintor. Sus cuadros tenían una belleza formal superior a la de cualquiera de los que practican su mismo oficio que, en muchas ocasiones, era meramente alimentario. Lo que sucedía —él mismo lo había dicho— era que había nacido en un tiempo equivocado. Un siglo atrás su obra hubiera sido reconocida y elogiada; especialmente por aquellos paisajes que Idolino, a la manera de los viejos maestros, iba a buscar a los alrededores de la ciudad y a lugares aún más lejanos, invirtiendo en esos periplos gran parte de lo que ganaba con la venta de sus cuadros.

Soltero —también por decisión propia— había entregado al arte los mejores días de su vida sin siquiera cuestionarse si lo que hacía estaba bien o no. Quizá por eso, a pesar de haber sido seleccionado para varias semanas de la acuarela, sus paisajes nunca habían estado en las grandes exposiciones o en las galerías de moda y, menos aún, en las bienales de arte moderno que, a decir de Idolino, “estaban dominadas por críticos tan verbosíacos como los mismos autores”.

Sus cuadros se encontraban en las cantinas, en casas de algunos nuevos ricos, en las paredes de los fraccionamientos de clase media alta, en los despachos de algunos comerciantes y las oficinas de los abarroteros españoles, que eran su clientela más fuerte. Algo en él lo obligaba a seguir adelante a pesar de que, aunque sus cuadros parecían hechos a la medida para esas casas conocidas de estilo colonial californiano, las nuevas

tendencias en la decoración, esas “tonterías japonesas y minimalistas”, le habían quitado a muchos de sus clientes.

Para su fortuna, cuando de plano todo andaba del carajo, no faltaba el bodeguero que lo contrataba para hacer un pequeño adorno, a manera de friso, para su establecimiento en la central de abastos o la marisquería donde (debido a su popularidad se había ampliado), hacía falta un mural cargado de pescados, pulpos, hombres rana y toda la variopinta fauna que los frutos del mar convocaban. De algunos se encontraba particularmente orgulloso mientras que otros ni siquiera se había atrevido a firmarlos, sobre todo cuando los dueños —y en eso Idolino no tenía dudas, el que paga manda— le exigían dibujar los personajes de *La Sirenita* o de alguna otra historieta de moda.

Cuando la desesperación lo invadía, cuando visitaba alguna exposición —“lo que pasa es que soy masoquista”, decía— y la abandonaba, asqueado, cuando ya no podía más, e incluso, cuando lograba algunas buenas ventas, entonces, Idolino montaba en su combi y se iba en busca de paisajes. Era su forma de relajarse y de dar cumplimiento a sus sueños: encontrar y pintar, retratar, desde su tiempo, su presente, su ahora, muchos —si no es que todos— los cuadros que admiraba. Algunos los había hecho, aun a costa de sudar sangre.

Para ver a la ciudad desde Molino del Rey, tal y como Velasco la había visto, vivió una verdadera aventura: primero para determinar desde dónde la había pintado y, una vez encontrado el sitio (gracias a la ayuda

---

De los cuates pa' la raza 2

de algunos de sus amigos historiadores), para obtener el permiso de las Guardias Presidenciales de que le permitiesen dibujar o por lo menos retratar el paisaje actual a pesar de que el cuartel estaba considerado como zona estratégica. Finalmente, tras múltiples peticiones, obtuvo lo que quería.

Cosas semejantes ocurrieron en Contreras, Tacubaya y Chalco. Los cerros, las peñas que se encontraban en primer plano en la obra de Velasco, habían desaparecido: ahí se levantaba una abigarrada multitud de colonias, en algunas de las cuales ponerse a trabajar, aun a plena luz del día era de pensarse. Aun así lo intentó y corrió con suerte, el esbozo del cuadro lo tuvo listo en unas cuantas horas y se retiró. Luego, acompañado por un amigo, tomó fotos del lugar y de los alrededores para poder terminar el paisaje y su colorido. Y mientras lo hacía no dejaba de lamentarse y recordar cómo tantas y tantas veces había dicho en La Ferrolana que todos aquellos que utilizaban fotografías para sus composiciones —tal y como lo hacían los pintores decorativos (así los llamaba Idolino) estilaban— eran unos inútiles. Sus quejas casi siempre remataban con:

—La mayoría de los pintores de hoy no saben dibujar o no utilizan el dibujo, y los que sí saben hacerlo son unos comodinos. No inventan nada.

Con las copias de Clausell no le fue tan mal: el canal de Santa Anita era un eje vial y pintarlo desde la misma perspectiva del artista fue una lección: el tiempo había trastocado los vapores y las trajineras en peseros y transportes de carga. Mientras que las fuentes brotan-

tes, que el creador del siglo XIX había bañado de una luz azul, eran ahora una especie de pileta cuyas aguas parecían todo menos manantial y cuyos alrededores —el bosque del pintor era brumoso, cubierto por un halo de misterio— estaban rodeados de puestos de fritangas que convertían al sitio en un aquelarre, tal y como lo había pintado Idolino: una salvaje fiesta multicolor en donde la solitaria espiritualidad del siglo XIX se había convertido en la velocidad y el escándalo de los últimos días del milenio.

A Nogueira ni siquiera le había cruzado por la cabeza la idea de sacar a la venta alguna de estas obras; eran sólo para sus ojos y para los de algunos de sus amigos quienes, por cierto, tenían aquellos cuadros en alta estima, como lo mejor que el paisajista había creado, y no se equivocaban.

Algunas de sus reproducciones seguían, en líneas generales, el trazo del artista, aunque casi siempre terminaba por triunfar la mirada del presente. Así, la famosa ola roja de Clausell se había transformado en una gigantesca masa gris, manchada por los brillos de la tarde, porque así era como Idolino había visto las aguas del Golfo. Y las nubes del valle de México eran las de las tormentas terribles de fin de siglo: una especie de amenaza oscura que se cernía aterradora y a la vez espectacular sobre una ciudad que había crecido hasta el infinito.

—Si me vieran hasta podrían decir que soy moderno si no es que posmoderno, por aquello de las citas—, decía en la cantina que en realidad funcionaba como la oficina de la tertulia de amigos que ahí se reunían y don-

de era posible dejarles recado con el cantinero y hasta contratarlos para algunos trabajos. De hecho, Idolino guardaba bajo la amplia mesa de caoba los libros de arte donde se encontraban las reproducciones de sus cuadros favoritos. Con éstas en la mano, discutía con sus amigos las diferentes formas que tenía para recuperarlos en la actualidad. Y también hablaba de sus fracasos. Sus amigos supieron que, por más que lo intentó, jamás llegó a encontrar un órgano —cardón, le llamaba Velasco— tan alto como aquél que el paisajista había pintado en Oaxaca. Pero eso sí, la catedral le había quedado extraordinaria vista de costado, tal y como la había pintado su ídolo; el templo se elevaba envuelto por los multicolores plásticos del tianguis que la rodeaba y la convertía en una especie de isla en un mar de comercios ambulantes. Sin embargo, la obsesión de Idolino era pintar la barranca de Metlac desde la misma perspectiva de Velasco, aunque para ello tenía que decidir primero cuál había sido la visión real del artista, toda vez que la había registrado en cuatro ocasiones y en todas la situación planteada era semejante: un tren que penosamente cruza el puente — en su día una obra impresionante, casi majestuosa, de ingeniería— y asciende sobre la curva mientras el vapor escapa de la locomotora.

Ése era su sueño dorado. Ya había estado varias veces por la zona para planear todos y cada uno de sus movimientos. Sabía que desde los años ochenta el puente de Metlac —los veracruzanos dicen que de ahí para arriba comienza Puebla— había sido abandonado al construirse dos modernos cruces: uno para autos, de

peaje, que se había convertido en un lugar turístico al que miembros de clubes de montañistas acuden para practicar rapel; y otro para el ferrocarril que pasa exactamente frente a la autopista.

A los pies del puente se abre la barranca. De un lado, al fondo, se ven algunos balnearios a los que se llega siguiendo el viejo curso del tren mientras que, del otro lado, aún pude verse la curva y el puente que Velasco había pintado y que fue el tema de varias postales fotográficas de principios del siglo XX, ya que la edificación era el símbolo de la modernidad de Córdoba que luego —dicen—, se quedó en el pasado. Idolino se había hecho de muchas de las fotos del puente en el mercado de La Lagunilla y las atesoraba como si fueran una obra de Clausell o de Velasco.

Una noche, luego de terminar un mural en una marisquería de La Viga, en donde nadaban los personajes de *Buscando a Nemo* y tras unos muy malos días de ventas en el jardín del arte, Idolino anunció en La Ferrolana su intención de acabar de una vez y para siempre con aquella obsesión.

—Así que no me esperen a cenar—, dijo en tono de broma y sin invitar, como algunas veces lo hacía, a algunos de sus compañeros de profesión.

—Es un asunto privado, casi íntimo.

La exclamación le hizo recordar a muchos que Idolino alguna vez había estado enamorado de una muchacha de Fortín de las Flores que, finalmente, acosada por la pobreza del pintor, había terminado por marcharse al norte.

En esa ocasión, se emborrachó y despotricó contra todo mundo, contra los críticos, contra las nuevas corrientes artísticas, las nuevas disciplinas que habían hecho de la pintura, artes plásticas; y a la mañana siguiente, tras recibir la paga por el mural y vender un paisaje manchego con molinos y don Quijote incluido (que un abarrotero le había solicitado para su negocio), Idolino partió con rumbo al sur.

Deteniéndose tan sólo para cargar gasolina y comprar algunas cervezas, Idolino llegó aquella misma tarde a su destino. Se hospedó en el hotel más cercano a Fortín y, en cuanto amaneció, se encaminó a la vieja estación —abandonada ya— y de ahí partió a pie siguiendo el trazo de la vía, rodeado por la humedad, el calor, los colores y los olores del trópico. Las plantas de caña crecían vigorosas y sus hojas lo amenazaban como cuchillos, cortándole el paso. Avanzaba por el centro de aquel camino de hierro como si fuera dentro de un túnel verde brillante.

Finalmente, la espesura desapareció dando paso al otro paisaje: un paisaje sombrío donde la temperatura descendía abruptamente al igual que la vía. La vegetación se hacía más rala, magueyes y árboles salpicaban aquel paisaje. Cruzó la sombra del puente nuevo que se elevaba majestuoso y comenzó el penoso ascenso hacia Metlac.

Dos horas después de su partida se encontró con la gran curva que era, prácticamente, el paisaje que Idolino soñaba pintar. El puente estaba ahí, al parece intacto.

to. Pero lo que el paisajista jamás esperó encontrar fue aquella la enorme bestia que había sido puesta en la ladera: aquel toro de una empresa vitivinícola se elevaba inmenso, aplastando la belleza del paisaje. En cualquier otra parte, en la ciudad o aun en la carretera a Cuernavaca, aquel espectacular no le hubiera molestado para nada, pero ahí, en medio de su paisaje, de su sueño, le pareció punto menos que un sacrilegio.

Sacando fuerzas de flaqueza, abrumado por aquella revelación —cinco años atrás el toro aún no estaba ahí— se decidió a cumplir su cometido aunque su ánimo andaba por los suelos. Algo en su interior se rebelaba contra aquella monstruosidad que, como si estuviera viva, no dejaba de moverse. Se alejaba y se acercaba, y mudaba de colores caprichosamente, saltando del azul al rojo y de ahí al amarillo. Al principio creyó que era el viento, el soplo cálido que subía desde la costa cargado de humedad. Pero no era sí, el aire en aquel momento no era algo más que una suave brisa.

Idolino pensó que se trataba de una alucinación, de la picadura de algún insecto o de alguna alergia provocada por las plantas que poblaban la cañada y, sin pensarlo siquiera, desanduvo su camino.

Pero al día siguiente pasó lo mismo y al otro y al otro. Idolino desesperaba: sus fondos se agotaban rápidamente y aunque había hecho dos que tres trazos ninguno le satisfacía realmente. Y por si fuera poco, el animal que dominaba el paisaje, como un auténtico toro de lidia, no dejaba de cambiar, de presentársele de todas las formas posibles. A punto estuvo, eso lo contó tiempo

---

De los cuates pa' la raza 2  
después, de darse por vencido. Pero su tenacidad pudo más que cualquier otra cosa.

Una semana después estaba nuevamente en La Ferrolana. Más flaco y mucho menos sombrío de como se había ido. Sus amigos le preguntaron por el cuadro. La respuesta de Idolino los dejó mudos, culiatornillados en sus asientos.

—Nada, que lo mandé a la Bienal.

Para algunos aquello era una prueba más que suficiente de que en el viaje Idolino había enloquecido, aunque otros consideraron que el paisajista había quebrantado sus reglas, y los menos lo felicitaron por haberse animado a competir.

La sorpresa llegó un poco más tarde: Idolino obtuvo el primer premio y, por si fuera poco, le pidieron todas sus recreaciones para montarle una individual en una galería de Bellas Artes, una galería modesta pero con catálogo al fin, y textos de presentación y publicaciones en los periódicos. Incluso ya había platicado con uno de los curadores, un muchacho de pelo multicolor y risa fácil, que, aseguraba, planeaba escribir una monografía sobre su obra, de la cual, decía, estaba “enamorado”.

Durante la inauguración sus amigos no daban crédito: unos consideraron que se trataba de una burla mientras que otros estaban seguros que era la prueba viviente de la claudicación de sus ideales, su venta definitiva al dios Mamón. Sólo uno de ellos se acercó al artista y lo abrazó, emocionado.

El cuadro ganador colgaba a la entrada de la muestra y se llamaba El puente de Metlac. Pero no había

---

**Antología literaria**  
puente. Lo que Idolino había pintado era sólo la gigantesca cabeza del toro del anuncio. La gigantesca y negra silueta de la testuz de un toro bravo sobre un fondo tan rojo como la sangre.



## **Instructivo para descifrar un mal**

MYRIAM MOSCONA

La migraña es atributo de mujeres  
moraleja del exceso  
enfermedad de los impulsos.

Es una excusa íntima  
para encerrarse en cuarentena.

La migraña es luciérnaga  
que apresura el amor con un zancudo  
y al momento de encender  
deposita luz en las entrañas  
como una sustancia mortecina.

Es enfermedad de necias:  
hermosas que cambiaron de piel  
por el fulgor adolescente.

¿Quién niega la migraña  
como un lápiz labial usado en demasía?  
como un rubor exagerado?

Las mujeres fenicias  
las diosas griegas  
usan turbante para disimular el crecimiento.  
Lesbia fue atacada de migraña en el corazón  
Minerva la tuvo en la epidermis.  
Sólo nosotras padecemos de migraña en la cabeza.

Mi abuela recomienda el Pentateuco.

Piel por piel

aparece un destino en la migraña

un signo zodiacal

una ronda de recuerdos

que ahuyenta el apetito.

La migraña abre un silencio atroz

un zumbido.

Es una excusa para repasar la historia:

Una monja perdió los hábitos

por ir en busca de calmantes.

Apareció en el paraíso

y se expandió

hacia las locas que tiñen su pelo de morado

y tienen hábitos rituales.

Es una bendición satánica

un tatuaje de sabias costureras

que clavaron las agujas en el cetro.

La migraña es el motivo del lobo

el camino a la templanza

espejismo:

una luz.

## **Mientras... mientras**

ROSA NISSÁN

A mi nieta Marcela Sofía, que llegó al mundo esta semana.

LA BOLA DE ESTAMBRE, los hilos y las agujas sirvieron para taparnos la boca, para no mirarnos los ojos, para no romper el silencio.

Hace un mes llegué temprano a la cita en la clínica de gineco-obstetricia del Seguro. Llevé un libro para estar tranquila. Me senté en una de las hileras de sillas para pacientes, pacientes. Una mujer embarazada tejía a mi lado. La veía mover sus manos; metía la aguja en el punto, jalaba un derecho, un revés; debía estar susurrando en automático: un derecho, un revés; su tejido crecía lentamente: su labor era ancha, tal vez para el marido. De vez en cuando, desinteresada, observaba lo que ocurría a su alrededor. ¿Cuántas veces ensartará el punto de la izquierda a la derecha y de la izquierda a la derecha? Lo soltaba sólo para acomodarse el pelo.

Estoy a unos centímetros de la aguja que entra, engancha el estambre y enlaza el hilo color durazno. La textura de la lana acaricia. En lugar de los infinitos tejidos, formo palabras, frases, termino un renglón, paso al otro. Transcurrirán horas antes que nos llamen bajo

los efectos de esta leve anestesia: tejemos para soportar nuestra eterna espera. Utilizamos el tejido o el bordado como analgésicos para no sacar una pistola, para no darnos cuenta que la madeja de nuestra vida también va haciéndose menos. Se termina la bola y sacamos otra, ya compraremos más para nuevas prendas. Punto por punto, palabra por palabra, renglón por renglón, hoja por hoja, el cuento se va terminando, el suéter, el poema, la cobija, el ensayo, el calcetín, la novela, el chaleco, otra chambrita. La diferencia es que el libro se multiplica y deviene en globo que se infla de nubes, de lluvia, de soles, se eleva para descender poco a poco, alguna mano lejana la toma, se ve su color, lo huele, lo palpa, lo prueba, lo come y lo lleva dentro de sí.

Un derecho, un revés, la mujer voltea las agujas, reinicia: un derecho, un revés, jala el punto, lo enrosca, se van los días, los meses, los años, las furias, las ganas, las fuerzas. La mujer imagina gozosa a quien va a cobijar y a iluminar con sus colores. Llegan mujeres a consulta, se van, el mundo se transforma a nuestro derredor.

Abren la puerta de un consultorio, llaman a una paciente que no somos ni ella ni yo; el ritmo del tejido avanza cadencioso. A mi izquierda se sienta una mamá joven con una niña de ojos inquietos. Debí haber sido como ella, después, con un tejido en la mano fui cumpliendo un año y otro. Con manguitas tejidas rellenaron mi boca, con una bufanda larga amordazaron mis ojos, enredaron mis pechos, ahogaron la respiración de mi piel. Con un par de agujas mágicas en la mano me mantuvieron ocupada. Cuando venían las ganas de esta-

llar, de dar un puñetazo, cambiaban la puntada, la lana y, mejor dos derechos, dos reverses, anda mijita, que te va a quedar muy lucidor, mira esta revista, trae modelos nuevos. ¡Un derecho niña!, ¡un revés! Si mi marido llega cansado y ya no vamos al cine, saca agujas y estambres. El tejido sirve para esperar todo lo que hay que esperar; mientras mis hijos crecían, mientras despierta el niño, mientras acompañaba a mi hija, mientras llegaba a comer, a desayunar, a cenar mi sobrina, hermana o suegra, mientras mi nieto nace, el tejido; al fin se deja a un ladito y los entretenemos, acompañamos, les servimos y lo retomamos hasta que algo se le ofrezca a alguien. ¿Acaso el tejido equivale a las carreras cortas que abandonan en cuanto el hombre aparece? Mientras me caso, el tejido, mientras... ¡Teje niña, teje! La ociosidad es la madre de todos los vicios, aseguran las abejas. Ojalá engordáramos o nos emborracháramos de estambres para no tener más remedio que darnos cuenta que el tiempo y la fuerza se van minando y no se adquiere otra madeja de vida como se compra una de lana; mientras el tejido avanza, la rebeldía, el coraje para la lucha, retroceden. Las mujeres que tejemos sofocamos tensiones, ocupamos las manos para que no escapen. No tocan, no palpan, no se enojan, no se rebelan, no se indignan, no luchan. Engarruñan las manos a la suavidad del hilo. No aprietan, tejen. No acarician el cuerpo deseado, no caminan en él, tejen y tejen. Tejen impaciencias, desesperación, aprisionan sus dedos huidizos para que no se metan en la carne del otro, tejen un punto de inquietud, una basta y ocho de virtud, y no se atreven a gritar ¡basta! Hace tres días soñé que mi

hija iba a tener una niña y la sentí muy fuerte, tanto, que esta nieta mía me impulsaba a apurarme con mi novela. Tengo que estar disponible tiempo completo hasta que mi hija se recupere de la cesárea. Y cree que soy sólo yo la que tiene obligación y no me deja salir del hospital, entiende que los demás trabajan, pero a mí me dice: tú tienes la computadora en casa, además, como es Semana Santa, mis hermanas se fueron de vacaciones. Siento una ira irrefrenable; para no contrariarla, prefiero sofocar mi enojo, mis ganas de huir, me pongo a tejer, paso frenéticamente puntos de un lado a otro, para que si no puede ser mi cuerpo, aunque sea los puntos se muevan en mí. Fui a comprar una costura, muchos hilos, necesitaba calmar mi ansiedad rellenando obsesivamente unas flores rojas dentro de las amarillas, con sus venitas y hojas verdes, bordar un cojín de punto de tras, tras, tras, una mexicana que fruta vendía, ciruela, chabacano, melón o sandía, tras, tras, tras, punto de tras. Un derecho. Un revés. ¡Un derecho! ¡Un revés! El tejido sigue en mi memoria. Vivos en mí los deberes aprendidos. Siguen las agujas troqueladas en mis dedos.

Un derecho, un revés, paso devotamente las infinitas cuentas de un rosario y entono mis plegarias. Dios te salve María llena eres de gracia, el Señor es contigo... miro la imagen que está encima de la cama de hospital, y veo a la virgen tejiendo.

Por fin oí mi nombre y pasé al consultorio 7, al salir vi a la tejedora con la mirada hundida en su olvido.

## **Agarró sus huevos y se fue a otra mesa**

LA MESA MIRA a la alberca del deportivo. Mientras espero a Betty leo *La Jornada* dominical. Veo entrar a Andrés, hace cinco años que no platico con él. Tiene canas pero sigue guapo. Parece buscar a alguien, me sonrío, se detiene a la vez que su mirada pasea entre las mesas del fondo.

—Ahí están tus amigos de siempre —le digo cuando sus ojos me ven.

—Sí, pero está Isidoro con ellos, voy a pedir mi desayuno contigo.

—Bueno, espero a una amiga, pero siéntate, te va a caer bien.

—Lupita, ¿me traes unos huevos rancheros y papaya? —le dice a la mesera mientras sigue buscando con la mirada. ¿Sabes quién juega hoy en el Super Bowl?

—¿Yo? No...

—Pero si todo el mundo lo sabe, 750 millones de personas están atentas: Japón, Noruega, Canadá. ¡Qué bárbara!

—¿Bárbara por qué? Veinte mil vacas comen pasto, y yo no tengo por qué comer pasto.

—Pues yo de lo que quiero platicar es de eso —responde.

—Entonces no soy la mejor compañía para ti.

—No, no eres —dice irónico.

“Tampoco tú lo eres para mí”, pensó.

La mesera le sirve el desayuno.

—A ver tu periódico —y me lo quita—, este mugre periódico no trae nada —dice después de revisarlo.

—¿Ya ves?, no todo el mundo está pendiente.

—Muchos países mandaron satélites a E.U. Me voy a desayunar con mis cuates. Nos vemos.

Agarró sus huevos y se pasó a otra mesa.

Cuando llega Betty le pregunto si sabe algo del Super Bowl. Nada.

Andrés llega a la caja y paga. Cuando regresa a su mesa a dejar la propina, se topa otra vez conmigo y me sonrío.

—Betty, te presento a Andrés. Estuve enamorada de él más de quince años.

—Sí, muy enamorada, pero la casaron con otro.

—¿Te casaron? —pregunta Beatriz pelando los ojos.

—No... bueno, no me obligaron, pero si no me casaba con Hugo me habría tenido que casar con quien fuera, ¡pero ya!

Y dirigiéndome a Andrés:

—Tú que opinas, ¿me obligaron?

—Se tenía que casar y yo todavía no podía hacerlo.

—Betty —vuelvo a preguntar—, ¿has oído hablar del Super Bowl?

Andrés la mira ilusionado.

—Perdóname —responde mi amiga—, no es por ofenderte, pero no.

Andrés se tensa, se despide y sale del restaurante con su forma peculiar de caminar.

—No te imaginas cuánto lo quise —le digo a Betty. Recuerdo nuestro nerviosismo cuando nos encontrábamos en el club, o a veces en las escaleras eléctricas de Liverpool. Yo siempre con mis hijos. Nuestros ojos se enganchaban, no salían palabras de su boca ni de la mía. Sólo esa mirada lánguida de la que me enamoré. ¿Por qué no se habrá casado?, me preguntaba. Tantas veces estuve a punto de detenerme y decirle: “No te he olvidado”. Nunca me atreví. Andrés se hubiera desilusionado de mí si traicionaba a mi marido.

Lo primero que hice cuando me separé fue llamarlo. Me habían quedado las ganas de saber cómo era más allá de sus besos, cómo sería en la cama. Nunca olvidé su teléfono, muchas veces marqué sólo para oír su voz. Ese día no colgué, llena de miedo dije: soy yo, Violeta, quiero verte, me separé de Hugo. “Ya no vivo con mi mamá, me encontraste de casualidad, apunta el teléfono de mi casa.”

Quedamos en vernos un lunes, él me llamaría para confirmar la hora. Debió notar mi turbación, pues me tranquilizó: “Haz de cuenta que no pasó el tiempo”.

El lunes contesté nerviosa todas las llamadas. Me enfurecía si mis hijos me ganaban. Acabó el día y nada. Marcaba a su departamento, y nadie. Por fin llegó a su casa.

—Estuve triste todo el día porque no llamaste —murmuré sobreponiéndome a mi timidez.

—Te iba a hablar, pero daba lo mismo hoy que mañana. Tengo amigos a los que les hablo cada seis me-

---

De los cuates pa' la raza 2  
ses y no por eso los quiero menos. Ven a mi casa, vivo en Coyoacán, te digo cómo llegar.

Me vestí para él. No sé para qué le pedí a Linda que me acompañara, será porque a ella nada le asusta.

Entré a su casa, me gustó, la sentí ordenada. Él seguía delgado, largo desde la cara hasta los pies. Su sonrisa tranquila, la mirada dulce, pero no la que añoré tanto, la que creí mía.

Linda se instaló en el teléfono de la recámara y Andrés me ofreció un vodka. Queriendo parecer natural me quité los zapatos al tiempo que tomó del librero mi tesis.

—Todavía la tienes... ¿Y mi anillo de graduación?  
—pregunté esperanzada.

—No, ése no.

Qué desilusión, y tanto que ese anillo había significado para mí. Ya casada se lo di como prueba de amor. Sacó álbumes de fotos. Esperaba encontrarme en alguna de las hojas pero sólo vi a la chava con la que en dos meses se casaría. Me la mostraba en traje de baño, en traje de estúpida, como si yo pudiera compartir su alegría.

Me levanté del sillón. Me sentí ridícula, vieja, a pesar de tener treinta y cinco años, y ser más joven que él. Dejé mi vaso de vodka encima del librero y me puse los zapatos, entré a la recámara a buscar a Linda. “Vámonos”, le dije ante un Andrés desconcertado. Salí seguida por mi amiga.

—Avísenme si está cerrado el zaguán para bajar a abrir —fue lo único que dijo.

—¡Ay Betty!, ¿cómo se me ocurrió que seguiría esperándome, y que dieciséis años no eran nada? Él debió conocer a tantas mientras que en mi vida él fue mi único amor, y con esa nostalgia sobreviví los desencantos del matrimonio. Si Hugo no quería bailar, yo recordaba a Andrés. Nunca más paseos nocturnos por la calle, nunca más ideas exaltadas como no fuera la promesa de aumentar ganancias, aunque Hugo tuviera ya bastantes millones: ¿hasta el millón número cuanto te sentirás rico?, le decía. Sí, todos esos años me inventé un Andrés, creí que ahí estaría, esperando la oportunidad de darme su amor. ¡Qué local!

Casada nunca me preocupó el futuro económicamente, nunca se me ocurrió que algún día yo tendría que ganarme la vida. ¿Crees que si me hubiera pasado esa remota sospecha por la cabeza, me hubiera abandonado tantos años a los juegos de mis hijos? Qué pendeja. Si vieras Betty lo que Andrés lloró cuando le dije que me casaría con Hugo, su mamá le insistió a la mía: “que se case con mi hijo, que vivan en mi casa hasta que Andrés termine su carrera”. Fijate, hasta quise ponerle su nombre a mi hijo.

Ya ves ahora, con el desayuno servido en esta mesa, se pasa a otra porque si no hablamos de Super Bowl...



## Deuda de honor

ORLANDO ORTIZ

Pué que ustedes ni me lo crean, pero cuando vi entrar a Urbano Canales me latió que la cosa se iba a poner buena. Saludó llevándose la mano al sombrero y avanzó despacito hacia la mesa donde estaba echándome un pókar con el Chueco Treviño y el Bato Cantó. Desde atrás de la barra Dante siguió con la mirada a Urbano, y apenas lo vio sentarse con nosotros vino a traerle su cerveza, cacahuates y hartos limones.

Todo fue como muy en silencio, nomás se oía a los Jilguerillos Barranqueños darle al acordeón, la redova y el bajosexto con esa de “La malsentada”, que se habían aventado el buti de veces porque se las pedía Primitivo Cisneros, que andaba herido desde que una sanababicha le dio calabazas allá por Macalen.

—Le entro a la jugada —dijo Urbano de buenas a primeras, sin preguntar siquiera si podía.

Todos voltearon a vernos, esperando lo peor, y yo sin mirarlo siquiera le di cartas. Me llevé la partida y cuando estaba jalando el dinero:

—Afortunado en el juego, desafortunado en amores —comentó él.

—Ése es el consuelo de los perdedores —respondí.

El Chueco y el Bato se alzaron de la mesa; “que ya es muy tarde”, dijeron, pero nomás se arrimaron a la barra y pidieron otra cerveza, dejándonos solos a Urbano y a mí, que empezamos a jugar fuerte y casi sin hablar. La cantina se fue silenciando poco a poco y la gente se acercó; hasta Primitivo, con todo y su borrachera, se sentó a la mesa nomás a ver, y le brillaban los ojos cada vez que se me malograba el juego. Los muy arrastrados se olían hacia dónde iba la cosa. En media hora, poco más o menos, Urbano me desplumó por completo.

—Va la buena, Martín.

—Ya no traigo con qué.

—Pero cómo no. Tú tienes algo que yo quiero, y si vine desde tan lejos fue para llevármela. No me gustó nadita eso de que cuando fui a buscarla me dijeran que tú te me habías adelantado.

—¿Y por qué me reclamas? La hice mía a lo derecho.

—Pero tú sabías que me gustaba, Martín, que la quería para mí y que por eso me fui a Járlinken a juntar dinero.

—Andas errado, Urbano. También a mí me gustaba, y cuando te pelaste pal otro lado me afiguré que por allá te olvidarías de ella y te conseguirías otra, por eso...

—No seas afrentoso; si yo había dicho que volvería por ella, lo iba a cumplir.

—Entra en razón, carnal. Ultimadamente, si ahorita no fuera mía otro se la habría llevado —Pero da la casualidad que no es de otro, sino tuya, y que te la juego contra lo que está aquí, que son muchos dólares.

—Eso no es nada, para mí vale mucho más, descontando que la quiero como no te imaginas.

—Me late que son habladas, pero... —de la bolsa de la chaqueta sacó otro fajo de dólares y los aventó sobre la mesa— le agrego esto. Todo lo que tengo, tú dices.

Una sonrisota muy caraja se pintó en la jeta de Primitivo, que parecía estar pensando que ya me iba a ir igual que a él. En la cantina no se oía más que el runruneo del aire acondicionado.

—¡A ver, jilgueríos, échense “El tahúr” —gritó Urbano, pa alegrar esto un poco!

Quería ponerme en ridículo, así que le dije a Dante que sirviera las otras, trajera más botanas y de paso se jalara una baraja nueva.

A pesar de la música, que ya iba en eso de “él la convirtió en su esposa ante el altar del señor, era para él una rosa de su jardín bella flor”, se oyó un como resuello de la coyotada presente. Dante regresó con lo pedido y limpió muy bien la mesa. A mí de pronto me entró una confianza muy grande.

—Barájala, Urbano, y que Primitivo dé el juego. Abierto si te parece.

—Vale, carnal. Pero que de una buena vez él baraje, corte y reparta.

Comenzó a dar las cartas y de entrada le tocó un cinco al otro y a mí un rey, que se convirtió en un par cuando me dieron la carta cerrada. Luego Urbano abrió un joto y le dieron carta. Yo pedí abierta la tercera y me salió un ocho.

En eso entró un bato loco a la cantina y Dante ni lo fumó, cuantimeno porque en ese momento el otro descubría un cinco. Ya tenía su par, todos pensaron que me estaba embrocando, así que abrí el rey y me dieron cerrado el cuarto naipe. Nomás le levanté la esquinita y vi que era un móndrigo tres, pero sonreí como si hubiera tocado algo bueno. Urbano, como si nada, volteó su tercer cinco antes de que le dieran la última carta. Dejé tapado el tres y me dieron abierto ¡un rey! La gente cuchicheó y se puso más tirante la cosa, mientras los Jilguerillos iban en esa parte de “se oyeron dos fogonazos de dos balas expansivas, primero mató a su amada, después se quitó la vida”.

Se acabó la música.

Estaban pendientes de lo que iba a suceder.

Mi tercia era mayor que la suya y además ignoraban que no había más.

A Urbano podía haberle tocado otro joto, eso ni él lo sabía, porque no había mirado su carta, y completar el pókar estaba jijo, más cuando tenía atravesado ese joto que le salió casi de entrada, lo que es salación.

Como quien dice yo tenía ganado el juego, pero por aquello de no-te-entumas me convenía meterle miedo para obligarlo a retirarse. Porque si perdía no me iba a quedar más que entregársela, pues pa mí las deudas de juego son deudas de honor, así que no lo pensé más y me llevé la mano al cuadril. Se ciscó la infeliciada y asustados se echaron patrás, cuando me vieron sacar la 45 de pavón oscuro y con cachas de plata labrada.

—Lo convenido, más esto, si quieres ver mi juego. Urbano le dio un trago a la cerveza, se echó un puño de cacahuates al hocico y sacó su 38 especial, una mitigüesson.

—Pago, pues.

Me había fallado la maniobra. Se veía que de a de-veras quería quitármela.

Destapé de un jalón mi tres y la gente ni se movió, todos estaban viendo a Urbano que se empujó la cerveza hasta el fondo antes de empezar a voltear, muy despacito, su última carta:

—Pókar de cincos, Martín. Es mía, te la gané.

Unos gritaron entusiasmados, otros nomás se rieron burlones; los músicos empezaron a tocar “El barrilito” y Dante se fue a servirles a los que ya estaban pidiendo tragos y chachalakeando de la partida.

Me metí las manos a las bolsas de la chaqueta y en la derecha, junto a las llaves de mi chante sentí la navaja de muelle y la apreté con fuerzas. Se me ocurrieron algunas locuras, pero...

Mientras Urbano alzaba de la mesa el dinero y las pistolas, le aventé con la izquierda las llaves:

—Ahí tienes, llévatela. Ya sabes dónde está.

—Me convino que fuera tuya primero. Ahora, recién pintadita, con sus llantas gordas y las franjas que le pusiste, me gusta más que antes, carnal. Esa troquita quedó de pocas.

—No le buygas, Urbano; llévatela de una vez y déjame en paz.

Le dio unos billetes a Dante y dijo que les invitaba el trago a todos. Luego salió de la cantina. Primitivo andaba baile y baile solo, haciendo que los Jilguerillos le tocaran una vez tras otra la de “El tahúr”. Yo estaba que se me podrían tostar chiles en el lomo, pero me decía que nada habría ganado entregándole mi troquita con las llantas ponchadas.

Primitivo seguía bailando burlón.

Entonces saqué la navaja de muelle, hice saltar la hoja y... comencé a limpiarme la mugre de las uñas, para que vieran que no me importaba nada lo que había pasado. Nomás a ustedes les digo la verdad, que sí me dolió perderla, y mucho.

Tomado del libro *Miscelánea Cruel*, Ed.  
Lectorum

## **La paciencia del verdugo**

FRANCISCO PÉREZ ARCE

El verdugo se acercó a la víctima, hombre muy piadoso, y le preguntó si estaba listo. Éste lo miró con mirada ausente y le dijo que aún no. El verdugo dio media vuelta, puso a un lado su instrumento de trabajo y se sentó a descansar; había sido largo el viaje desde su pueblo, del que salió dos días antes en la madrugada, y apenas había tenido tiempo de dormir unas horas. Dejó pasar unos minutos y volvió a preguntar al condenado si estaba listo. Éste negó con gesto triste. El verdugo regresó a su rincón, se sentó en el piso, se quitó el calzado y revisó su estado tras la larga caminata. Dejó pasar unos segundos y fue a preguntarle nuevamente a la víctima, quien estaba profundamente concentrado con un aire de espiritualidad que casi convencía de su inocencia. Contestó que no estaba listo todavía, en su mirada había algo que podía ser súplica, deseo de comprensión. El verdugo volvió a su rincón, sacó de su bolsa una lima muy usada y se esmeró en afilar el hacha, con la buena intención de causar el menor dolor posible y acabar su tarea de un solo tajo. Respiró profundamente y se dirigió una vez más al condenado con las mismas palabras: ¿está listo? Éste, con los ojos cerrados, en profundo estado de meditación, no pudo escucharlas. El verdugo no quiso

---

De los cuates pa' la raza 2

importunarlo. Iba a volver a su rincón, pero lo pensó mejor. Dio un paso hacia atrás y de un solo golpe cortó la cabeza mediatibunda del condenado. Volvió la vista hacia el público al escuchar la exclamación que no supo si era de sorpresa o admiración, hizo un movimiento con la mano que podía interpretarse como el agradecimiento del artista al final de su acto. Recorrió la mirada en torno suyo e hizo mutis.

## Las moscas y la leche

ALINE PETTERSSON

Probablemente se deba a que los domingos requieren de una explicación metafísica. El tiempo ese día cambia su paso, se vuelve horizontal, densamente horizontal.

Estaba yo en ese larguísimo periodo en que la espera a que la leche hierva se convierte en la imagen de una eternidad aterradora. En mi estado de *spleen* vi revolotear a dos moscas dentro de la no tan higiénica cocina. Eran la intensa contraparte a la inmovilidad del tiempo de la leche, de mi propio tiempo. Buscaban con esos finísimos sentidos suyos. Después de todo, son seres universales, y de la misma manera se arrojan sobre la divina miel cantada por los griegos, como caen sobre lo más sucio que se admita haber llevado dentro.

Hay algo en la terquedad de las moscas que les procura una agresión más allá del zumbido o del casi feérico toque de sus alas. Son insoportables. Insoportables, y si entretanto la leche no hierve, porque su tiempo, mi tiempo y el tiempo de las moscas no puede sincronizarse, el *spleen* se transforma en infinita melancolía.

Las moscas caminaban sobre un mueble cerca de mi vista inmóvil, mi cuerpo inmóvil. Después de muchos encuentros desafortunados, lograron juntarse y elevarse unidas dejando el tiempo horizontal como una gota de

---

De los cuates pa' la raza 2  
leche cuajada en una mesa, sin fuerza para escurrirse  
hasta el suelo.

Las moscas volaban juntas y yo les tuve envidia.

## No hay tal lugar

ELISA RAMÍREZ

Lugar oscuro, secreto, intercambiable:  
selva, desierto, ínsula, manglar, ciudad en ruinas, estero.  
Enorme hueco, pozo de donde brotan las pasiones,  
a donde regresan fatigadas.

Vía del alma separada en sueños, sustos, agonías febriles  
y ausencias que pisan la sombra de la muerte.

Lugar con resonancia de agua —llevamos su marca:  
el ombligo, la coronilla y el espasmo.

En los dedos, veinte rastros de tormenta lo recuerdan.

Resquicio donde la revelación espera,  
guardada entre sus vetas de recuerdo  
—inmóvil celda fósil de los ámbares.

Sitio cruzado por urdimbres de relatos  
y espíritus de viento ululando en descampado,  
recorrido con ligereza de larva sobre el agua,  
circular en la baba de la araña.

Repta sobre el vientre hasta la apretazón de la lujuria.

Dicta parlamentos desde la media luna del proscenio,  
mueve con cuerdas de tramoya los paisajes,  
apunta las arias del virtuoso.

Guarda las decepciones y rencores  
(los exhala con vaho de anciano

y aliento de carroña sobre los próximos derrumbes),  
susurra obscenidades a la espera,

truculencias al insomnio,  
deudos dolientes al verdugo.

Nostalgia del navegante,  
iluminación de peregrinos,  
fe de adelantado en selvas enredadas.

Recinto que accede a la rutina sobre el lomo mullido  
sin reclamos de amante enardecida.

Hurga traspatios y tapancos,  
a solas en la heredad que algún día ha de serle  
adjudicada.

Vuela con aureolas sobre arrebatos místicos,  
brilla en los cometas de las epifanías,  
está en júbilos y en comuniones.

Marca el tiempo a las bocas y a las manos,  
lleva el ritmo en los desfiles del cuerpo victorioso.

Se trenza en batallas  
con los cabellos recién cortados de las niñas,  
—su placer, guardado aún bajo el capelo de una falda  
almidonada.

Roe con ambición los escalones,  
trama celadas desde la sumisión agazapada,  
cobra cuotas de humillación desde las cúpulas.

Suelta amarras. Desata el temporal sobre los argonautas,  
pierde el aliento en tarantelas,  
galopa en círculos con la amazona.

Cierra los ojos, tiñe de lujo oriental los festivales,  
guarda el olvido: vuelve la amnesia por sus fueros

para sobresalto de las pesadillas.  
Único lugar que conoce amores absolutos,  
ideas claras y distintas,  
exactitud de onanista en el amante,  
potencia en la cabeza de los santos.  
Se pretende mineral, vegetal, animal;  
olvida los campos parcelados,  
las leyes de la evolución y sus razones.  
Sitio más lejano que la imaginación,  
más antiguo que los ancestros,  
más recurrente que las inundaciones en los bajos deltas.  
Se sabe Babel. Rotundo, finalista.  
Conoce la fecha exacta  
donde comienza la cuenta de los días,  
imperera en todo clima.  
No puede tenerse ni narrarse.  
Reino del tal vez y los hubieras.  
El que no ha lugar ni tiene sitio. La utopía.



## **El vampiro en el espejo**

JULIA RODRÍGUEZ

Cuentan que hace mucho, mucho tiempo, un vampiro penetró la superficie tranquila de un espejo. Detrás de la osadía se hallaba el deseo oculto de poseer a toda doncella que despertara su apetito de sangre. El vampiro solía confundirse con el reflejo de sus bellas, hasta el punto en que las víctimas caían en un acto repentino de adoración frente a su propia imagen. Sólo en el último momento, como en trance de póstuma lucidez —instante en que enfebrecidas tendieron los brazos al monstruo—, advertían que el súcubo se hallaba oculto en la visión reflejada. Demasiado tarde. La entidad las había tomado. Dicen que, furibundos, los esposos, los hermanos, los hijos de las desaparecidas decidieron, aun a riesgo de perder para siempre a las bienamadas, hacer pedazos aquella luna biselada. Y una noche de silencio pétreo, cuando los aullidos de los lobos hendían los bosques, aquellos hombres se armaron de valor para aniquilar a la abominación. Las buenas gentes hablan todavía del prodigio. Pues luego que dejó de escucharse el rumor de los golpes de martillo, y rivalizaron con el esplendor de la luna, las astillas se cubrieron de sangre y la noche se imbuyó del llanto y los gemidos de las inocentes, perdidas para la eternidad.



## Homenaje a Juan

SÉBASTIEN RUTÉS

Juan despertó en la tarde con el recuerdo de un sueño que lo dejó llorando algunos minutos en el borde de la cama. Quedaba una botella sin tapar en el piso, tomó la cerveza tibia de un trago. Contuvo las ganas de vomitar, las de volver a acostarse hasta el día siguiente o hasta siempre e intentó recordar el sueño. No lo logró. Sólo que era tristísimo y la sensación de la lluvia. Mareado, se puso de pie, salió al patio a encender el boiler, prendió la computadora y buscó en vano más cerveza. Un mausoleo de caguamas se amontonaba cerca de la puerta, entre torres de libros. Todavía en pijama, Juan salió a comprar en la tienda de la esquina. Era un día gris, amenazaba con llover, no se veía ningún carro por las calles. La tienda estaba vacía, la señora no apareció por más que le gritara. Juan agarró un par de caguamas entre las rejas y dejó el dinero sobre la barra. Regresó extrañado de no ver a nadie. La ciudad parecía muerta, el aire era más frío y más respirable que de costumbre. ¿Adónde se habían ido todos? Quiso comprar el periódico pero tampoco estaba el kiosquero. En la radio, José Alfredo Jiménez cantaba para nadie los recuerdos que hieren. Juan no encontró periódicos del día, todos tenían fecha del día anterior. Ya los había leído, anunciaban su cuota de injusticias co-

---

De los cuates pa' la raza 2

tidianas y la muerte de un escritor. Juan recordó que le habían encargado un homenaje para una revista española. Se llevó un periódico en el que aparecía una foto del escritor en traje, despeinado, con una sonrisa tímida y un poco triste. Ya en casa, la recortó y pegó en una pared frente a la computadora, junto a otras de su panteón personal de escritores. Decidió no ducharse; total, no saldría más de casa, fue a apagar el boiler. En el patio, espantó a la gata del vecino, una gata negra que tenía la mala costumbre de parir en su cocina. De regreso, abrió una botella de cerveza y se sentó frente a la computadora. Revisó su correo. Casi todos los *mails* comentaban la muerte del escritor, el resto ofrecía métodos para engordar el pene. Ningún mensaje personal. Leyó las noticias de fútbol, la biografía del escritor que se sabía de memoria y algunos de los numerosos homenajes que se habían publicado en la red. Los había neutros, pomposos, melodramáticos, íntimos, fríos, conmovidos, profesionales y amorosos. Algunos recordaban anécdotas que él había olvidado y le hicieron reír. Se puso a pensar. Tomó un trago de cerveza. La sensación de tristeza del sueño no lo abandonaba. Relacionó la lluvia con una mujer de ojos verdes, pero no logró recordar más. Qué raro que no se oyeran ruidos en el edificio. Tomó otro trago. En el patio, la gata del vecino maulló tristemente. ¿También ella se sentía sola? Tuvo ganas de darle algo de comer pero no tenía nada y quería concentrarse en el homenaje. Vaciló en centrarse en la obra, que apreciaba por su delicadeza y la belleza de sus metáforas, o la personalidad del escritor, con el que había tenido una larga amistad basada en

---

Antología literaria  
interminables pláticas literarias y noches de borrachera.

Tecléo una primera frase:

No le gustaban los homenajes.

Se escucharon ruidos en la cocina, la gata del vecino había entrado y estaba buscando comida entre los trastes. No la encontraría pero igual cazaba alguna rata. Sin saber por qué, hoy Juan no tenía ganas de echarla a patadas como solía hacerlo. Abrió otra cerveza. El escritor no había tenido en vida el reconocimiento que se merecía pero seguía sonriéndole en la pared, con su sonrisa tímida y triste, junto a otros escritores muertos demasiado jóvenes. Juan pensó en la literatura y en la fama. Pensó en José Alfredo Jiménez y en los recuerdos que hieren. Pensó en los vecinos desaparecidos y en tantos otros desaparecidos antes de tiempo. Tomó más cerveza. Releyó la frase. ¿Para qué decir más? Firmó, copió y pegó en un *mail* que mandó a la revista española. No lo publicarían, como al escritor no le habían publicado sus mejores textos cuando todavía valía la pena. Juan se llevó la botella medio vacía a la recámara, la dejó en el piso, cerca de la cama, y volvió a acostarse. Le cerveza se entibiaría. La gata ya no se oía en la cocina. ¿Para qué había despertado?



## El señor embajador

AGUSTÍN SÁNCHEZ GONZÁLEZ

Camina despacio. Se pasea por la Puerta del Sol, como si fuera un turista más. Pero no lo es. Es el señor embajador.

Hace una mueca y sonríe al mirar la imagen del único fantasma que ahora recorre el mundo: la infalible eme amarilla, una enorme letra, iluminada, que apenas permite vislumbrar al oso y el madroño, símbolo de Madrid.

Saca del bolsillo un Ducado y se lo pone en la boca, sin encenderlo. Revisa su cazadora para tomar el mechero, como llaman por acá al encendedor. Árabes, africanos y españoles hablan a gritos en la Puerta del Sol. Anda perdido, o queriéndose perder, entre la marea de madrileños y sudacas, aunque sin confundirse con estos, pues él es, y se siente, un mexicano privilegiado.

—Es una gloria efímera. Vivir es lo que importa, piensa mientras aspira su cigarro.

En el Museo del Jamón, desde la barra, pide una caña y un pan con jamón serrano. El mesero, flaco y con espejuelos, grita al cocinero:

—Un “chiquiiiito misto”.

Los jamones, en las alturas, esperan una o mil bocas. Eso es, realmente, el maná del cielo. Mirar al techo es encontrarse un bodegón, un regalo de Dios.

Pide agua y el mesero recula:

—El agua es para las ranas, en España se toma vino.

Sonríe ante la ocurrencia y pide un chato de vino.

Puede pasar desapercibido en una ciudad así. Su país, a ocho mil kilómetros, algunas veces le inquieta.

No hay nada que se parezca a San Luis Potosí. Allá nació su padre, un hombre bueno, casi héroe, casi víctima de un sistema al que sirvió como pocos.

Revisa mentalmente la nota del periódico mexicano que recibió la tarde anterior, al tiempo que toma un trago de su chato.

—De dónde habrán sacado que yo pueda aspirar a ser presidente o cuando menos candidato de la oposición, si ni siquiera sé a ciencia cierta lo que sucede por allá...

El hombre que sueña fue enviado al exilio dentro del más puro estilo de la política mexicana: se le otorgó un nombramiento como embajador, luego de haber manejado las finanzas de su país y enfrentarse, por ello, a quien a la postre sería el candidato oficial, o sea, más tarde, el presidente de la república.

Un hombre que perdió la vista muy joven, su padre, alguna vez apuntó, en una de las tarjetas que escribió antes de morir: “¿quién dirá que no quiere ser ya parte de lo que ha sido?”.

Años después, leyó a otro ciego, Jorge Luis Borges: “que la historia hubiera copiado a la historia es pasmoso, pero que la historia copie a la literatura es inconcebible”.

Toma con prisa el cortao y sale con rumbo a la Plaza Mayor, internándose por las callejuelas que convergen en ella. Se detiene frente a la estatua en bronce de Felipe III, un emperador mediocre a quien algunos historiadores definían como “poco rey para tanto reino”.

Tiene tez morena, más bien bronceada, como la del interino aquél, el abogado tamaulipeco, el presidente provisional que llegó a sustituir al general Álvaro Obregón cuando éste fue asesinado.

Un grupo de jóvenes, con invariable cigarro en la boca, lo instalan en la belleza de la vida: los ojos zarcos de una joven madrileña lo prenden.

“El plan de tu vida es éste, le dijo una gitana en Sevilla, si buscas el poder, sólo encontrarás la muerte”. Su destino está escrito: él sólo será lo que es. Él quiere vivir.

Una de esas jóvenes, pelo largo y minifalda, hermosa en verdad, le pide una firma para apoyar a ex adictos a la droga y a los enfermos de SIDA.

Su mirada es tierna, triste y melancólica, aunque con un rayo de optimismo. El señor embajador contempla la muerte en los ojos de la muchacha. Estampa su nombre en una hoja llena de garabatos; entrega cinco mil pesetas y recibe, a cambio, un poemario del colectivo, titulado *Vida para todos*.

Hojea el libro y confirma que debe seguir viviendo para leer a su padre quien, por extrañas asociaciones, le recuerda al muerto de seis décadas atrás. El manco Obregón, el militar convertido en político que por ambicioso murió asesinado meses antes de tomar posesión

---

De los cuates pa' la raza 2  
como presidente o tal vez, sonrío con malicia, a tiempo de evitar otra larga y costosa dictadura.

En la Gran Vía toma un taxi para volver a su casa.

Esa noche sueña que vuela como un ángel y es embajador en un país llamado España; un grupo de amigos le pide aceptar la candidatura a la presidencia de México; de pronto se mira en el Zócalo dirigiendo un mensaje, entresacando citas del discurso que su padre escribiera para el general Lázaro Cárdenas cuando se realizó la expropiación petrolera, aquel inolvidable 18 de marzo del mismo año en que nacía, muy cerca del centro histórico, en un edificio donde ahora, paradójicamente, en la planta baja, luce una enorme eme amarilla que simboliza todo aquello que él no quisiera más para su país.

Despierta sudoroso cuando las imágenes se tornan pesadilla: observa pasar su féretro y se entera, a través de un noticiero de televisión, que ha sido asesinado en plena campaña electoral, cinco meses antes de las elecciones. Atisba un periódico que muestra su rostro desfigurado, y se reconoce, a pesar del bigote.

A partir de esa noche, la angustia se vuelve recurrente, al igual que el insomnio. Ha llegado a soñar que su asesino no es descubierto. En medio de la pesadilla, quiere gritar que él, el antiguo embajador y hoy candidato, sabe quién es el criminal; pero está muerto y no puede hablar, no puede denunciar a los autores.

En esos días, recibe un paquete de libros publicados en México acerca del mismo tema: el asesinato del único militar invicto, del gran triunfador de la revolución mexicana, del general Álvaro Obregón.

Un emisario del presidente ha sido enviado a preguntar sobre los rumores acerca de su postulación; se los lleva como un regalo, con recuerdos afectuosos de su jefe, el mandatario de la Nación.

Tantos muertos en un país con tanta vida.

Una noche decide desmentir el rumor, aclarar que no pretende ser candidato de la oposición, que desea continuar en el redil. Es un hombre institucional. Así lo declara a la prensa de su país.

Días después regresa a México, pues ha sido invitado a ocupar una plaza de ministro de Relaciones Exteriores que el señor presidente, su otrora enemigo político, le ha ofrecido en pago a su institucionalidad.

Se instala en la torre del ministerio. Todo ahí es historia. Los ventanales dan a la Plaza de las Tres Culturas. Es un trabajo de trámite, tiene todo el tiempo del mundo para solazarse con la historia, para encontrarse con la literatura.

Revisa de nuevo la historia mexicana: en 1929, en un país sudamericano, otro embajador es convencido por un grupo de amigos para ser candidato a la presidencia. Se llamaba Pascual Ortiz Rubio. Acepta, retorna a México y el mismo día que toma posesión, sufre un atentado, apenas dos años después de que fuera asesinado Obregón.

Toma los dos volúmenes acerca de la historia de la revolución mexicana que escribió su padre. Chorrean sangre. Son historias de muerte y de lucha por el poder. De nuevo hay rumores. Hay quienes dicen que sigue en pláticas con la oposición para encabezar un movimiento

---

De los cuates pa' la raza 2  
disidente. Él sabe que no es cierto, pero sólo él lo sabe.  
No bastan los desmentidos.

Su inconsciente sigue machacando; continúan los sueños, los ojos de tristeza, el insomnio, la vigilia. Platica con sus amigos y a todos les parece una locura sus temores.

—En México nunca pasa nada —alguien le dice—, y cuando pasa, tampoco sucede nada.

Retorna a Madrid para entregar la embajada a su sucesor y aprovecha para tomar vacaciones, disfrutar esa ciudad sin las presiones diplomáticas, caminar sus calles, sus vías, su historia.

Una mañana primaveral, muy temprano, aborda el metro y desciende en la estación Gran Vía. Sale de ahí como autómatas. Camina con lentitud rumbo a la Puerta del Sol y mira la hora en el legendario reloj.

En México aún es de noche, “la penumbra, como decía su padre, es una realidad”.

Aquí, muy lejos de aquellas tierras, la vida comienza.

Hace semanas no sabe nada de su país, ha permanecido releyendo a Ortega y Gasset, asumiendo una de sus máximas: “Yo soy yo y mi circunstancia”.

Su padre, por supuesto, la rechazaría, señalando, en cambio, la concepción marxista: “En última instancia, el ser social determina la conciencia”.

Sonríe con tristeza, y alegría también, al recordarlo. Siempre ha pensado que le faltó tiempo para hablar con él, para discutir y conocer tantos y tantos secretos de la misteriosa y veleidosa política mexicana.

Recorre la calle Arenal, repitiendo los pasos de aquella mañana en que fue al Museo del Jamón.

Los sueños, de nuevo; las visiones, otra vez.

Mientras contempla la eme amarilla que recorre al mundo, muy cerca de la Puerta del Sol, se encuentra de pronto frente a un quiosco de periódicos; en el diario *El País* alcanza a leer, en primera plana: “Enorme conmoción: fue asesinado el candidato a la presidencia de México”.



## **Cuentos para niños con déficit de atención**

JOSÉ LUIS ZÁRATE

Cuando llego mi perro sale a recibirme, feliz, moviendo la cola. La casa, más parca, sólo estremece los muebles.

\*\*\*

La ventana se atora. A la una de la madrugada aún alumbra el sol por ella.

\*\*\*

Abrió el radio para ver las personitas que tocaban, sólo encontró cables, tubos, un diminuto piano.

\*\*\*

La lluvia y el sol crean los arcoiris, pero nadie se ha enterado del arco de hermosos negros que forman la tormenta y la luna llena.

\*\*\*

Derribó la puerta de una patada, para impedir el crimen. Pero ahí no había nada, sólo una puerta en el piso, sangrando lentamente.

\*\*\*

Tocan a la puerta. Las orquestas sin presupuesto deben usar lo que puedan.

\*\*\*

Un pez dorado nada en el espejo.